

**LA VIDA ENTREGADA. PAN PARTIDO.
“VIDA EUCARÍSTICA”**

Julio – Septiembre

2009

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi alma en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

Julio – Septiembre 2009
ÉPOCA IX – nº. 162
(2009)

Boletín Trimestral

Asociación C.

ANIMUS CARLOS DE FUCALES

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller
Avda. de los Ángeles 46, 1º, 2ª. 04008 – Almería
E-mail: vicariopastoral@diocesisalmeria.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, J. 04008 – Almería
E-mail: maikapicon@gmail.com

SECRETARÍA GENERAL

Aurelio Sanz Baeza
Casa Parroquial. 30396 – Perín. Cartagena (Murcia)
E-mail: aurelio@quintobe.org

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Comunitat de Jesús. C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona
o, si lo prefiere, a través del correo electrónico: secretaria@comunitatdejesus.net
Josep Valls: jvalls@tinet.cat

REDACCIÓN

André Berger: E-mail: andrebeni@hotmail.com
Vicent Comes Iglesia: E-mail: vcomes@florida-uni.es
Jordi Giró i Paris: E-mail: jgirop@uoc.edu;
Hermanita Josefa Falgueras: E-mail: germanetes3@hotmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Antonio López Baeza, Pepita Pons,
Ana Mª Ramos Campos, Antonio Rodríguez Carmona,
José Luis Sánchez Nogales, Eutiquio Sanz,
José Luis Vázquez Borau y Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imagraf Impresores
C/ Tabuco 14, D. Polígono Indust. Alamameda
29006 – MÁLAGA
Tfº. 952.328597
E-mail: imagrafimpresores@telefonica.net

DEPÓSITO LEGAL

MA – 1.779-09

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA ESPAÑA

Por un año. Ordinaria: 16 €. Especial: 20 €

Por un número suelto: 3,5 €. Por un número doble: 5 €

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA OTROS PAÍSES

Por un año: 25 €

La alegría de encontrarnos a través del Boletín no debe quedar condicionada por un problema económico. Si tienes dificultades para colaborar con la cantidad indicada, colabora con lo que buenamente puedas. Y si no puedes, dínoslo.

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Deseo recibir el **BOLETÍN "IESUS CARITAS"** de la Asociación C. Familias Carlos de Foucauld, desde el año _____

Modo de enviar mi colaboración económica (señalar con X)

- Giro postal a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"» C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona.
- Cheque a nombre de «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"».
- Transferencia bancaria a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"», entidad bancaria La Caixa, cuenta 2100 3012 80 2200462278. Oficina 3012, Plaza Rovira C/ Rabassa, 21 08024 Barcelona.

DOMICILIACIÓN DE APORTACIONES

[Enviar a Comunitat de Jesús. Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona]

DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos

Dirección Nº Piso Puerta

Código Postal Población Provincia

DATOS DE LA CUENTA.

NOMBRE DE LA ENTIDAD BANCARIA.....

Sucursal y domicilio, calle Nº

Código Postal Población Provincia

Número de Cuenta (20 cifras) — — — — — — — — — — — — — — — —

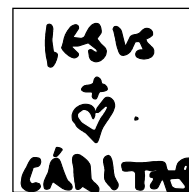
Titular de la Cuenta

Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba.

Fecha:

Firma:

Editorial



LA EUCHARISTÍA, JESÚS EN LOS PEQUEÑOS

Horas antes de su prisión y entrega a la muerte, Jesús quiso celebrar la última cena con sus discípulos. Iba a morir y Él lo sabía. Al sentarse a la mesa, les dijo: “Con ansia he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer”. Y entonces hizo algo que sorprendió a los discípulos: se levantó y se puso a lavarles los pies como un criado. Quería así comenzar a explicarles aquella noche por qué moría, advirtiéndoles entonces que “no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate de muchos”.

Por eso Jesús hizo a continuación algo mucho más importante. Tomó pan en sus manos, dio gracias a Dios, alabándolo por todas las maravillas que había hecho para salvar a su pueblo, lo partió y lo fue dando a sus discípulos diciendo: “tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. De igual modo, después de cenar, tomó también el cáliz lleno de vino, dio de nuevo gracias a Dios bendiciéndolo, y lo pasó a sus discípulos diciendo: “tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre que va a ser derramada por vosotros”. Y les mandó entonces que también ellos hicieran aquello en recuerdo suyo.

De esta manera Jesús, en la noche en la que iba a ser entregado a la muerte, se adelantó para ofrecer su cuerpo y su sangre en sacrificio por todos los hombres. Y les habló mucho de cómo tenían que permanecer unidos con Él y entre ellos. Quería sencillamente explicarles cómo daba su vida por amor a Dios, su Padre, y por amor a todos los hombres y cómo ellos deberían amar y amarse lo mismo. Por eso moría y para eso les entregaba el sacramento de su cuerpo entregado y de su sangre derramada en sacrificio por la redención de todos los hombres.

Carlos de Foucauld y la Eucaristía

El 1 de agosto de 1916, escribía el Hermano Carlos el texto que cito: “Los pequeños, son Jesús porque Él lo ha dicho, como la Hostia es Jesús porque Él lo ha dicho”. Es el texto eucarístico más maduro, como la síntesis de lo que había sido la fe de su vida: Jesús en la Eucaristía y en los pequeños. Diría, “creo que no hay una frase del Evangelio que haya hecho más impresión en mí y que haya transformado más mi vida que ésta: «todo lo que hagáis a uno de esos pequeñuelos, me lo hacéis a Mí». Si pensamos que estas palabras son de la Bondad increada, de los labios que han dicho «este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», ¡con qué fuerza somos inducidos a buscar y a amar a Jesús en esos pequeños, esos pecadores, esos pobres, volcando todos nuestros medios espirituales para la conversión de las almas y todos los medios materiales para el alivio de las miserias temporales”.

El Hermano Carlos vive en el convencimiento de que «adorar la Hostia santa debería ser el centro de la vida de todo hombre» y, de este modo, «cuanto más se ama, mejor se reza» al tiempo que «cada cristiano tiene que ser apóstol: no es un consejo,

sino un mandamiento, el mandamiento de la caridad» ya que se «hará el bien en la medida en la que sea santo».

Por tanto, «la Eucaristía es Dios con nosotros, es Dios en nosotros, es Dios que se da perennemente a nosotros, para amar, adorar, abrazar y poseer» y «Jesús sólo se merece ser amado apasionadamente» porque «cuando se ama, se imita» así es que hemos de convertir «nuestra vida sea una continua oración».

Cuando habla del sacerdote, bueno es recordarlo en este año sacerdotal, el Hermano Carlos dice que es un «ostensorio, su deber es mostrar a Jesús. Él tiene que desaparecer para dejar que sólo se vea a Jesús...».

Contenido de este número

Este número complementa a números de nuestro BOLETÍN dedicados al mismo tema tales como “La Eucaristía es Jesús. La Eucaristía, sacramento de amor solidario y universal” [febrero 1981]; o “Eucaristía y Evangelización. Vivir eucarísticamente, medio evangelizador por excelencia” [mayo-junio 1993]; junto a artículos verdaderamente importante de los que podemos citar “Vivir la Misa” de Henry le Masné [julio-agosto 1978] o la espléndida conferencia pronunciada en Taizé en 1967 por René Voillaume y publicada por el BOLETÍN en su primera época en su número 24.

En este número hemos querido hablar de la centralidad de la Eucaristía con su multiplicidad de dones al servicio común (Gabriel Leal) recordando que no hay vida expuesta sin exponerse antes ante el Santísimo (Antoine de Chatelard). Esta verdad es rubricada por el testimonio de vida de hermanos y hermanas que mueren como han vivido sirviendo a los demás (Testimonios y experiencias).

La reflexión de la vida en este número corre a cargo de Aurelio Sanz, Emérito de Baria y Ángel Collado, tres sacerdotes de la Fraternidad sacerdotal que nos introducen en la esencia de la vida eucarística (pan y vino, que serán Jesús); la consecuencia, el compromiso con el pobre, el que todo lo espera; y una concreción de vida en la opción de servicio en el ministerio sacerdotal. A estos artículos se le añade una reflexión anónima sobre la prolongación de la eucaristía que siempre es la adoración eucarística.

MANUEL POZO OLLER,
Director

Desde la Palabra



LOS CARISMAS EN LA IGLESIA: DON Y NECESIDAD

GABRIEL LEAL, responsable regional de la Fraternidad sacerdotal hasta el pasado agosto, es un sacerdote malagueño con muchos años de pertenencia a la Fraternidad, que actualmente dedica su trabajo pastoral a la enseñanza de la Sagrada Escritura y a Cáritas Diocesana. En el artículo que presentamos indica que “san Pablo pone de relieve que los carismas son un don y su existencia una necesidad, en una comunidad que está configurada como cuerpo”.

Pablo, en 1 Cor 12,1, aborda uno de los problemas que, probablemente, le habían consultado desde Corinto: la presencia y el uso de los “dones espirituales”, de los carismas en las reuniones comunitarias que, en las comunidades de Corinto, parecen estar dificultando gravemente la unidad eclesial.

El asunto lo trata ampliamente el Apóstol en una unidad que abarca los capítulos 12-14 de su primera carta a los corintios. Y lo hace en tres grandes momentos. En el primero, insiste en la unidad y diversidad de los carismas (12,1-30); en el segundo, les anima a recorrer el camino por excelencia para la vida cristiana, el del amor, el mayor de los carismas sin el cual los otros pierden su sentido y razón de ser (12,31-13,13); finalmente, vuelve a la dimensión comunitaria de los carismas, centrándose en el carisma de profecía y el don de lenguas, al parecer los más estimados y deseados por los corintios (14,1-40).

En su exposición, Pablo pone de relieve que los carismas no sólo se dan de hecho, sino que son un don y su existencia una necesidad, en una comunidad que está configurada como cuerpo. Los carismas son un don que tiene como finalidad principal la edificación de la comunidad, para enraizados en ella poder vivir el camino más excelente, el de una vida determinada por la caridad. Pero al Apóstol le preocupa hondamente que esa pluralidad, mal asumida, esté debilitando la unidad de la comunidad.

En el capítulo 12, que os proponemos para la oración, Pablo quiere acentuar, al mismo tiempo, la diversidad carismática necesaria y la unidad dentro de la comunidad. Y lo hace en dos momentos. En primer lugar nos invita a contemplar los dones espirituales fundamentalmente en su relación con el Espíritu (12,1-11); posteriormente (12,12-31), en relación con los otros miembros de la comunidad, a partir del ejemplo del cuerpo y su aplicación a la los cristianos.

Para sacarlos de su ignorancia respecto “a los dones espirituales”, los remite a su propia experiencia: “Sabéis que cuando erais gentiles, os dejabais arrastrar ciegamente hacia los ídolos mudos”. Pablo cree necesario enseñarles con el fin que puedan adquirir unos criterios que les impida reproducir la misma dinámica que cuando eran gentiles: ser arrastrados ciegamente, sin criterio.

La fe profesada y proclamada sólo es posible en el ámbito y por la moción del Espíritu: “Nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Anatema es Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino con el Espíritu Santo”. Y por ello, la confesión de Jesús como Señor se convierte en criterio o marco de toda actuación carismática; al margen de dicha confesión de fe los carismas no pueden calificarse de espirituales, ni su acción de verdadera.

La unidad se manifiesta en que los carismas, en toda su riqueza y variedad, tienen el mismo origen y finalidad: “Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu”. “A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común”.

La diversidad se fundamenta en la pluralidad de sujetos de los carismas (“a cada cual se le otorga”), de denominaciones (carismas, ministerios, funciones) y en las listas de carismas distintos que refiere Pablo (cf. vv. 8-10; 28-30).

Esta orientación general de la enseñanza de Pablo hace frente a las probables pretensiones de exclusividad carismática de quienes poseían el don de lenguas o el de profecía, en la Iglesia de Corintio. Por otro lado, los carismas son dones gratuitos, en orden a la comunidad, por lo que no hay ningún tipo de razón para arrogarse la exclusividad y, mucho menos, para cualquier actitud de orgullo o vanagloria.

Toda la Iglesia carismática: cualquier creyente en cuanto portador del Espíritu es beneficiario de sus dones.

Para ayudarles a comprender y vivir la aparente tensión entre unidad y pluralidad, Pablo les remite a la experiencia del cuerpo humano, que estando formado por muchos miembros, es uno: “Muchos son los miembros, mas uno el cuerpo” y continúa el Apóstol “Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!»”: Más aún, “los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor”. Esa ha sido la voluntad de Dios que “ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros.”

A partir de la experiencia y comparándola con ella, les remite a la realidad eclesial: “Así también Cristo”. Pero el cuerpo, referido a los cristianos, es más que una metáfora. La unidad de los cristianos, tiene su origen en el Espíritu: “En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu”. De esta manera los cristianos se unen a Cristo y, en él, entre sí como cuerpo, de manera que puede ser llamado con toda razón cuerpo de Cristo. Un cuerpo en el que las categorías religiosas, culturales y sociales pierden toda relevancia.

La unidad de los cristianos se define desde Cristo, tiene en él su elemento constitutivo, nace del hecho de la pertenencia a él y de la unión con él. Como consecuencia, ningún cristiano se agota en su individualidad, es miembro de los otros, está referidos a ellos y, a su vez, necesita de los demás, para no ser un miembro desgarrado sino un miembro vivo del Cuerpo del Señor resucitado, que es la Iglesia.

En las huellas del Hermano Carlos



DE LA EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO A UNA VIDA EXPUESTA ITINERARIO EUCARÍSTICO DE CARLOS DE FOUCAULD

ANTOINE CHATELARD, Hermanito de Jesús, reside en Tamanrasset desde 1945. Animador de grupos de espiritualidad y gran conocedor de la figura y la obra de Carlos de Foucauld, es autor de varios libros y de numerosos artículos en revistas especializadas. La reflexión que ofrecemos no es nueva, pues fue escrita en noviembre de 1993, pero su lectura ha marcado a muchos que en su momento tuvieron la dicha de poder acceder al texto y, estamos convencidos, hará mucho bien tanto a los que no conocían el texto como aquellos que les será de grato recuerdo.

Para hacerse una idea exacta de la importancia del sacramento de la Eucaristía en la vida de Carlos de Foucauld, hay que seguir su itinerario desde finales de octubre 1886, en la Iglesia de San Agustín de París, hasta 1º de diciembre 1916, en Tamanrasset.

Un recorrido de treinta años marcado por evoluciones, tanto en la forma de concebirlo como en las actitudes prácticas. No nos podemos contentar con un texto solo, ni con un solo momento de su vida.

LA CONVERSIÓN

Este acontecimiento base explica todo el resto si lo consideramos en primer lugar como un encuentro personal, que transforma la vida y afecta todo el ser. Un encuentro con alguien vivo, presente en nuestro mundo, Jesús. No sólo ese Dios que él buscaba, sino aquél que le esperaba y a quien él no se esperaba. Un Dios que ama hasta el punto de perdonar. Alguien que amó tanto a los hombres que se entrega a ellos ahora en el sacramento de su presencia. Dios no se limita a existir sino que está aquí, y se puede estar con Él, permanecer con Él, cerca de Él. Carlos de Foucauld, que tanto había dudado, parece no dudar ya ni un solo instante del realismo de la encarnación y del realismo de la presencia de Jesús en el sagrario. Para él, la Eucaristía es en primer lugar el sacramento de la presencia de Dios.

Más que un alimento, la comunión “casi diaria”, en sus palabras, será el medio de unirse a Él de la forma más íntima posible. El culto al Sagrado Corazón y al Santísimo, con las exposiciones y las bendiciones, no son, a sus ojos, sino una sola y única expresión de amor, que para él es lo esencial de la religión y que será el punto dominante de su caminar espiritual.

De peregrinación a Tierra Santa, en 1889, será muy sensible a la gracia de los lugares santos. Pero las huellas de Jesús, por muy enternecedoras que sean, solamente son recuerdos. La realidad está en el sagrario. En las calles de Nazaret encontró la respuesta a la pregunta que le inquietaba desde hacía dos años: “¿Qué tengo que hacer?” Tendrá que vivir como Jesús en Nazaret.

LA TRAPA

Por esto eligió ir a vivir y morir pobre en un pequeño monasterio trapense en construcción, al norte de Siria, en un país no cristiano. Fue para amar con un amor más grande y hacer el mayor sacrificio que estuviera en su poder, dejando para siempre todo lo que tanto amaba. Pero esta ofrenda total de sí mismo no parece tener conexión

alguna con su percepción de la Eucaristía en ese momento. Su culto es otro: “En la medida de lo posible me mantengo a los pies del Santísimo Sacramento. Jesús está ahí... Me veo como si estuviera junto a sus padres, como Magdalena sentada a sus pies en Betania”.

Pero lo que es “posible” en la trapa no le satisface y quiere otra cosa. Inventa entonces una nueva congregación cuya finalidad sería llevar una vida pobre trabajando y adorando el Santísimo Sacramento. El oficio divino sería reemplazado por la adoración del Santísimo expuesto. Solamente habría un sacerdote para celebrar la misa diariamente. De esta forma se haría el bien llevando al mundo la presencia de Jesús.

NAZARET

Después de siete años de vida monástica, le autorizan dejar la Trapa, y se encuentra solitario junto a un convento de Clarisas donde el Santísimo está frecuentemente muy expuesto.

Leyendo los textos, muy numerosos, de ese periodo, podríamos creer que pasa todo su tiempo libre delante del Santísimo, rezando, leyendo, escribiendo allí. La realidad es algo distinta.

Por una parte, lee a menudo en su cabaña, como lo testimonia esta nota de un retiro:

“Oh Dios mío, el lugar y el tiempo están bien elegidos: estoy en mi pequeña habitación, ya es de noche, todo duerme, solamente se oye la lluvia, el viento, y algunos gallos lejanos que recuerdan la noche de vuestra pasión ... ¡Dios mío, enseñadme a rezar en esta soledad, en este recogimiento! ... Aquél que ama y que está frente a su Bien Amado, ¿puede hacer otra cosa sino tener la mirada fija en él? Rezar es mirarlo. Ya que estáis siempre aquí, ¿puedo yo, si de veras os amo, no mirarlo constantemente?”

Por otro lado la oración delante del Santísimo no siempre le es fácil: “Delante del Santísimo no consigo hacer oración durante mucho tiempo: mi estado es extraño: todo me parece vacío, hueco, nulo, sin medida, excepto mantenerme a los pies de Nuestro Señor, y mirarle ... Y luego, cuando estoy a sus pies, estoy seco, árido, sin una palabra ni un pensamiento, y a menudo, ya veis, acabo por dormirme. Leo por voluntad, pero todo me parece vacío”.

De esa misma época tenemos una meditación sobre la Eucaristía en la cual hace decir a Jesús cómo él entiende entonces el sacramento: “En primer lugar mi Presencia constante; en segundo lugar, mi ser entero, Dios y hombre, entrando en tu cuerpo y recibido por ti como alimento; en tercer lugar, Yo, encarnándome sobre el altar y ofreciéndome por todos vosotros a mi Padre en sacrificio ... Son tres dones, infinitos los tres, que os hago”.

Desarrolla el segundo aspecto sobre todo en el sentido de la unión nupcial: “por el segundo me tocáis, vuestra lengua, vuestra boca toca mi cuerpo; mi ser entero desciende en vosotros; os doy prueba de mi amor y a través de ello os incito fuertemente a devolverme amor por amor ... Mirad qué maravilla, qué unión inefable, qué unidad de amor pongo por un lado entre Mí y vosotros, y por otro otro entre vosotros, unos con respecto a otros, al daros mi cuerpo en alimento”.

El tercero es un aspecto más teológico: “Pero esto no es todo: yo me entrego a vosotros ... en tercer lugar, para ser vuestra víctima, para ser ofrecido a Mi Padre en sacrificio de alabanza y de adoración ... Considerad por tanto como debéis multiplicar estos sacrificios que dan a Dios tanta gloria ... multiplicar los sacerdotes que puedan ofrecerlo”.

A causa de esto, la nueva regla escrita en 1899 para los ermitaños del Sagrado Corazón, prevé el mayor número posible de sacerdotes, como si lo infinito de una Misa pudiese multiplicarse. Al año siguiente, en 1900, se impone el deber de llegar a ser él mismo sacerdote, para asegurar el culto de la Eucaristía en el santuario donde piensa instalarse. Con vistas a prepararse para ello, vuelve a Francia.

CAMBIO DE ORIENTACIÓN

Durante esta preparación se opera un giro en su vida. Quiere imitar a Jesús, no solamente en su vida escondida en Nazaret, en su retiro en el desierto y en su vida pública, sino sobre todo en su pasión, su muerte y resurrección, ofreciendo el sacrificio pascual en cada Misa. Es una nueva dimensión de su relación con la Eucaristía y de su forma de representarse la vida de Jesús.

Aún más, este banquete del cual se convierte en uno de los servidores, tendrá que ofrecerlo no ya en Tierra Santa, a aquellos que tienen todas las comodidades espirituales, sino a aquellos que están más alejados. Ahora bien, a sus ojos, no hay gente más alejada que aquella que conoció antaño en los caminos y en las ciudades del Sahara y de Marruecos. Solo o junto con otros, se siente llamado a volver cercana la realidad de la presencia del Señor a estas gentes hacia quienes descubre que tiene un deber de agradecimiento. ¿No están ellos en el origen de la primera chispa de su fe? Tiene que hacer por los otros lo que hubiera querido que hicieran por él.

Así, ya no piensa en “ermitaños” separados del mundo para adorar a Dios en su sacramento expuesto; ahora quiere “hermanos”, cuyas vidas expuestas irradian en esa tierra como hostias vivas.

EN EL SAHARA

En Beni- Abbès, donde se esfuerza aún por multiplicar las horas de exposición del Santísimo Sacramento, tiene que alejarse a menudo del sagrario porque “Jesús, bajo la forma de los pobres, de los enfermos, de un alma cualquiera, me llama a otro lado”. Otra forma de estar con Jesús. ¿Otra forma de vivir la Eucaristía?

Podemos constatar sin embargo, que el infinito de este misterio le impide permanecer frente a la belleza de las puestas de sol en las dunas y de las noches estrelladas: “Abrevio estas contemplaciones y vuelvo delante del sagrario ... hay más belleza en el sagrario que en la creación entera”.

De viaje, en el año 1904, su principal preocupación es la de celebrar la Misa cada día. Esto le obliga a hazañas ascéticas cuando caminan por la noche y no puede comer ni beber desde la media noche. Se presenta entonces un problema de pobreza y discreción, ya que le hace falta una montura especial para llevar el material necesario a la celebración de la Misa. No obstante, durante algunos años, seguirá poniendo la Misa por encima de todo, a pesar de los gastos extras que eso conlleva.

Cuando hacen una parada prolongada en el norte del Hoggar, se construye una capilla de ramajes donde puede guardar el Santísimo durante unos días “una gran gracia para toda esta región”. En ese momento dice también: “Llevarlo lo más lejos posible ... a fin de aumentar la zona en la que él irradie, extender la zona en la que se ejercerá su influencia”.

Eso es lo que hace al instalarse en Tammanrasset al año siguiente. Coloca el Santísimo “en una pequeña covacha más pequeña que la de Nazaret”, y añade “eso será una gran felicidad para mí”. El año siguiente hace cuatro mil kilómetros para ir en búsqueda de un compañero que le permita “hacer con frecuencia exposiciones del

Santísimo en Tamanrasset. Eso será una gran gracia para mi joven hermano y para mí”. Pero, de camino, tiene que despedir al compañero y volver solo al Hoggar. Vuelve aún sabiendo que, no solamente no podrá exponer el Santísimo, sino que ni siquiera podrá celebrar la Misa, ya que no tendrá asistente. Nueva evolución. Sin saber explicar su comportamiento, sabe que debe regresar al Hoggar, ya que es el único que puede residir allí, en cuanto que hay muchos que pueden celebrar la Eucaristía, y constata que su idea de hacer poner la Misa ante todo no debía ser muy acertada, “puesto que los grandes santos sacrificaron en ciertas ocasiones la posibilidad de celebrar en pro de trabajos de caridad espiritual, viajes u otros”. Efectivamente, durante seis meses no podrá decir la Misa sino una o dos veces. Y sin embargo escribe a su obispo: “No me inquieto para nada de esta falta de celebración del Santo Sacrificio”. En Navidad de 1907 está solo y no puede celebrar. Es la primera Navidad sin Misa desde su conversión. En enero de 1908, cae enfermo y ve la muerte muy cercana. Durante ese anonadamiento físico, se encuentra expuesto, sin defensa, como Jesús en la cruz, enteramente entregado a la buena voluntad de los que le rodean. ¿No es esta otra forma de vivir el misterio pascual, de compartir este misterio que ahora no puede celebrar litúrgicamente con aquellos que, para salvarlo, le traen un poco de leche y el apoyo de su amistad?

El 31 de enero, cuando empieza a recuperar las fuerzas, recibe la autorización de celebrar la Misa sin asistencia. Es Navidad. Durante esos seis meses sin Misa, él conservaba el Santísimo en el sagrario, pero no se creía autorizado a comulgar. Esta presencia de “Jesús vivo e irradiante aunque escondido como en Nazaret”, le parecía legitimar su propia presencia: “Mi presencia ¿hace algún bien aquí? Aunque no lo haga, la presencia del Santísimo Sacramento sin duda hace mucho. Jesús no puede estar en un lugar sin irradiar”. ¿No era este otro razonamiento falso? Según esto, cuando, algunas semanas más tarde, se enterará de que no está autorizado a conservar el Santísimo por estar solo, debería haberse ido a otro sitio, en cuanto que se queda y deja el sagrario vacío. No lo hace sin dolor, pero no lo duda. Es de nuevo la ocasión de dar un paso más, como le explica su obispo: “Si el Señor le priva de Su presencia real en el sacramento, le hará apreciar más aún la ofrenda cotidiana del Santo Sacrificio. Al igual que su presencia, muy real también, en su alma por la gracia”. Más tarde el hermano Carlos escribirá a una Clarisa: “Hay que estar dispuesto a todo por el amor del Esposo, incluso a ser privado de su presencia sacramental en este mundo, si tal es su voluntad”.

Esta privación durará seis meses. De esta forma, en el Assekrem donde, en 1911, pasa cinco meses en un lugar donde “la belleza y la impresión de infinito acercan tanto al Creador”, el sagrario que se llevó con la esperanza de recibir a un compañero, permanece vacío. Si no toma tiempo para ir a ver las puestas de sol, no es por quedarse al pie del sagrario, sino porque no se concede ni un solo minuto de descanso para terminar lo más rápidamente posible su diccionario tuareg. Se contenta con las salidas del sol: “¡qué bueno es, en esta gran calma y esta bella naturaleza tan atormentada y extraña, levantar el corazón hacia el Creador y Salvador Jesús!”. ¿No parece reconocer entonces que este Jesús, Creador y Salvador, es aquél mismo que no reside ya en su sagrario? Nueva evolución desde Beni-Abbes. “Me cuesta despegar mis ojos de esta admirable vista cuya belleza y sensación de infinito acercan al Creador, al mismo tiempo que su soledad y su aspecto salvaje muestran cómo estamos solos con Él y cómo no somos sino una gota de agua en el mar”. (L.M.B. 09.07.11)

Pero, cuando después de seis años de privación será autorizado a “guardar la reserva del Santísimo” no ha perdido el sentido ni el gusto de esta presencia y no ocultará su alegría: “dulzura extrema, gran apoyo, fuerza grande para mí y gracia grande para todas las almas de este país”. No obstante hay que señalar que nunca

cumplirá con los requisitos exigidos para la exposición del Santísimo.

En el momento en el que está colmado por esta nueva proximidad con Jesús, no deja de desear una mayor proximidad con aquellos que le rodean. La Palabra de Jesús toma un realismo nuevo: “Todo aquello que hagáis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hacéis”. Pone esta palabra, que anteriormente ya produjo en él una profunda impresión, en el mismo plano que esta otra, salida de la misma boca: “Este es mi Cuerpo”. Y ella no deja de transformar su vida, llevándole a buscar y a amar a Jesús en “estos pequeños”. Servicio eucarístico y servicio de los “pequeños”, el mismo culto del cuerpo de Cristo. No solamente presencia real de aquél que se entrega para ser contemplado, comido y ofrecido, sino presencia real en un pueblo de una vida humana perpetuamente expuesta a todas las miradas y a todos los riesgos, presencia de una vida ofrecida como un pan fácilmente devorable. Es por esto que quería llegar a ser “pequeño y abordable”, consciente de que su vida sería la única Biblia que todos leerían. La Biblia que él quería ver iluminada por una sola y misma lámpara con el sagrario, uniendo “las dos mesas, de la Palabra y del Pan”.

Vida ofrecida a Dios y a los hombres como la de Jesús, en un sacrificio que ya no es únicamente el del primer día, aunque éste siga muy real, sino que es también ofrenda de la vida de aquellos que le rodean, ofrenda de la amistad compartida, y sobre todo, en un mundo de guerra, ofrenda del sufrimiento de los demás e intercesión “en la tormenta, ... durante el combate de los suyos ... en la barca zarandeada por las olas”.

Al día siguiente de su muerte, el cuerpo de Carlos de Foucauld es enterrado por la gente del pueblo. Tres semanas después, el capitán de la Roche planta una cruz de madera sobre su tumba y, en la arena de la capilla, encuentra la lúnula (que él llama custodia), la abre y verifica que hay una hostia entre los dos cristales. Un suboficial la lleva y la consume, solo, en el desierto. Esta hostia arrojada al suelo es un último símbolo eucarístico, como el cuerpo de aquél que la había consagrado y que había hecho de su propia vida “una hostia viva para alabanza de la gloria de Dios”.

La vida y la muerte de este hombre ¿pueden hablarnos todavía?

Las circunstancias le obligaron a actuar de forma que parecía estar en contradicción con sus convicciones más firmes; cada vez, consiguió superar su forma de concebir las cosas, ir más allá de su devoción y no confundir el fin y los medios. El fervor de su amor por la persona de Jesús ¿puede aún reanimar la llama en nuestros tibios corazones? El realismo de su fe en la presencia viva del Resucitado, ¿podrá dar nuevo vigor a nuestras “adoraciones”, si hemos continuado fieles a ellas, o, por el contrario, si las hemos desdeñado, podrá darnos de nuevo el gusto de esta presencia como camino de contemplación?

La fuerza de sus convicciones y el valor de que hizo prueba nos impresionan. Su capacidad de adaptación a las situaciones nuevas es tan grande como su fidelidad en someterse a las leyes de la Iglesia. Su forma de hacer frente a esas situaciones nos invita a volver a lo esencial, sin despreciar los medios que nos son dados. Más allá de las formas de devoción de su tiempo y de todas las desviaciones, como la Misa delante del Santísimo Sacramento expuesto, la importancia dada a la custodia, a la forma y al color de la hostia, que vacían el pan de su realismo, por encima de la tendencia a “cosificar” la Eucaristía, a materializar y a localizar la irradiación de la hostia en el espacio, tenemos que redescubrir y utilizar los signos y los símbolos que siguen siendo inagotables para que podamos rezar, no sólo en espíritu, sino en la verdad de nuestro ser entero. ¡Ojalá podamos acoger el testimonio de una vida entregada y ofrecida, de una vida consumada en sacrificio pascual, en la que la muerte toma su lugar normal, como remate y paso hacia la realización.

Con palabras de Carlos de Foucauld, digamos para terminar que esta presencia de Cristo nos es dada “por amor, para nuestro bien, para hacemos más entregados, fervientes, amantes, tiernos, ya que somos fríos; para hacemos fuertes y animosos, ya que somos débiles; para darnos esperanza y confianza, ya que estamos sin esperanza; para hacernos felices, ya que estamos tristes y desanimados”.

Testimonios y Experiencias



LA VIDA TIENE SENTIDO EN JESÚS

La HERMANITA RAEDA cuenta con sencillez su vida sometida diariamente en su trabajo hospitalario al hecho de la muerte donde aprende cada día a morir a todas aquellas cosas que no son Dios y a desterrar la violencia y el mal.

Todas las mañanas, en la fraternidad rezamos juntas la oración de ofrenda de nuestra vida que resume lo esencial de nuestra vocación y, desde que cayó el antiguo régimen y el país cayó en el caos, esta oración toma un rostro muy concreto. Cuando digo “Recibe, Padre Santo, la ofrenda de mi vida en unión con el sacrificio de Jesús”, ofrezco mi día con todos los detalles de la vida cotidiana, sabiendo que puede ser que hoy Dios me tomará la palabra.

El hospital donde trabajo está a un cuarto de hora de la fraternidad en autobús cuando todo va bien, pero a veces el viaje dura una hora y media por causa de la inseguridad (pequeñas o grandes explosiones de coches bomba o paso de un convoy americano que para el tráfico). Esto produce en mí mucho miedo y tensión y pienso también: “¡Qué pérdida de tiempo!”. Pero con esta experiencia he aprendido a acoger todo esto con paz y calma en la medida de lo posible, y esto me sitúa ante mi vocación: cómo vivo el momento presente con la gente que está conmigo en el taxi colectivo. A veces tengo la ocasión de decir una palabra alentadora a alguien que tiene miedo aunque la mayor parte del tiempo rezo en silencio.

Me gusta mucho mi trabajo y estoy contenta con lo que vivo. Trabajo como auxiliar de enfermería en el servicio de reanimación. Mi trabajo consiste en ocuparme de gente débil y enferma en sus necesidades cotidianas. El trabajo es exigente para todos y por esto hay una cierta tensión entre nosotros. Al principio, para ayudar a los que trabajan conmigo, hacía una parte de su trabajo, pero con el tiempo vi que esto no construía a los otros, sino que les incitaba a contar conmigo a tiempo y destiempo. Con el correr de los días, y reflexionando con las hermanitas, trato de encontrar una posición justa, de expresar claramente lo que quiero decir y de escuchar de verdad a los demás. La experiencia me ha enseñado que la tensión permanecerá y que el trabajo, de todas maneras, hay que hacerlo: ¿cómo acepto esta tensión, y cómo la vivo en calidad de hermanita?

En mi trabajo estoy todos los días frente al hecho de la muerte, porque en este servicio todos los días mueren enfermos. He aprendido a dar sentido a la vida que me es ofrecida y a vivirla con plenitud. Al mismo tiempo, aprendo a estar pronta a morir en todo momento por causa de la situación, y a ofrecer la vida por todos mis hermanos, cualesquiera que sean.

El mal y la violencia alrededor nuestro despiertan en mí la violencia que llevo dentro y descubro que yo también tengo armas y puedo hacer daño a los otros, que puedo herir o suprimir al otro con una palabra o una mirada y esto me lleva a rezar al Señor de todo corazón para que tenga piedad de nuestra humanidad y especialmente de los que están llenos de violencia y hacen el mal.

DAR JESÚS A TODOS “CONTRA VIENTO Y MAREA”

Queridos hermanos,

A la hora de publicar estas noticias mensuales, nuestro hermano Xavier Habig está siendo enterrado en Beni Abbès (jueves 30 de abril por la tarde). Xavier hizo sus primeros votos el 3 de octubre 1972. Ha pasado más de treinta años de su vida en Beni Abbès: llegó en 1976 (después de 2 años de estudios de la lengua árabe en el Líbano), vivió hasta ahora, aparte de los 4 años de estudios en Friburgo, Suiza y en Ottawa, Canadá, y un año sabático.

Se le ha dado un permiso especial para que su cuerpo descanse en el patio de la ermita que Carlos de Foucauld ocupó a comienzos de los años 1900, y donde el mismo Xavier ha vivido también. De esta manera se va a quedar en medio de ese pueblo en el que ha vivido desde hace tanto tiempo. Sus hermanos y hermanas de sangre han podido ir a Beni Abbès para la sepultura, así como Yves Amiotte-Petit, su Regional.

Aquella tarde del 24 de abril, Xavier volvía de Bechar: había pasado unos días de descanso en la casa de unos amigos. Tomó un autobús que al ir en dirección de Adrar le dejó así como a otros pasajeros en un cruce a unos quince kilómetros de Beni Abbès. Había decidido no esperar a nadie con un coche como otros pasajeros y recorrer a pie los kilómetros restantes. Fue en esta carretera donde encontró la muerte, en circunstancias desconocidas, al chocar contra un coche que llegaba en sentido contrario. Falleció en el momento.



Xavier era un apasionado: esta pasión desbordaba algunas veces en expresiones no siempre equilibradas: dar a conocer a Jesús le quemaba, su sed de Eucaristía era insaciable y deseaba compartirla, la Virgen María era para él alguien muy cercano, su oración era ardiente y prolongada... En el mes de febrero pasó unos días en Bruselas con ocasión a una visita a su mamá que acababa de entrar en una residencia para personas mayores. Él manifestaba esta pasión que le caracterizaba, pero esta vez se expresaba de una manera más tranquila, más respetuosa de los demás... Me repitió su cariño por la Fraternidad y su deseo de caminar con nosotros, sus hermanos, “contra viento y marea”. Nos dimos cuenta de esta pacificación. No teníamos la menor sospecha que en unas semanas ya no estaría con nosotros en nuestro camino de Fraternidad, sino de otra manera. La mayor parte del tiempo no comprendemos el sentido de los acontecimientos hasta una vez pasados: doy gracias al Señor por haberme dejado este último rostro de Xavier. Esto es lo que él escribía en el transcurso de su año sabático¹ en el año 2000:

“Cuando miro estos 24 años que el Señor y mis hermanos me han facilitado de vivir en Beni Abbès, una inmensa acción de gracias inunda mi corazón. ¡Qué verdaderas son las palabras de Jesús! “Alguien que deje su casa, su familia o su país y me siga, recibirá el ciento por uno en esta vida”. Aquellos de entre vosotros que habéis estado en Beni Abbès, conocen la sorprendente belleza de nuestra vida: el desierto, la vida fraterna, la presencia del hermano Carlos, nuestra vida compartida con vecinos y amigos, muchos de ellos pobres espiritualmente – quiero decir pobres en el Espíritu Santo. ¡Cuántas veces al volver de comer en la casa de amigos, en la noche, me sucedía de “sentirme inundado por la alegría del Espíritu Santo” y de exclamar: “Te doy gracias,

¹ El 22 de noviembre 2000, en el diario 243

Padre, Señor del cielo y tierra, por haber revelado tu secreto a Mabrouk, Fatma, Aïcha y Alí. Sí, Padre, nadie te conoce excepto aquellos a los que tú has querido revelarte”. Estos amigos de Béni Abbès, pobres en el Espíritu Santo, me han revelado tres cosas, ellos han hecho brillar a mis ojos tres maravillosos reflejos de la única perla preciosa. Voy a compartíros las.

En primer lugar ellos me han hecho comprender lo que es la Eucaristía, la acción de gracias. Cuando vamos a la casa de una familia que nos quiere, los niños, que nos ven llegar corren alegremente a nuestro encuentro: “¡Henry, André, Xavier, os echábamos de menos!”. Y nos llevan de la mano riendo. Sus padres también expresan su alegría al vernos: “¡cuánto tiempo sin veros. Vamos, esta noche os quedáis a cenar con nosotros!”. Dar gracias a alguien es decirle: “Tú eres mi alegría, cuando estás conmigo mi vida es una risa, una alegría, se transforma!”. Cuando alguien os expresa eso con sus palabras, sus gestos, su mirada, vuestra vida se ve efectivamente transformada: vuestras tristezas, vuestras aprensiones, las pequeñas mezquinarias que agitan vuestro corazón, todo eso desaparece, el cielo se despeja, la vida redescubre su belleza, formidable, apetitosa de vivir. Eso es lo que Jesús hizo: él tomó en sus manos nuestros sufrimientos, nuestros pecados, nuestra carne vieja marcada por la muerte, él daba gracias a su Padre por todo eso, y el viejo pan se convierte en su cuerpo de vida, el vinagre de nuestros pecados y de nuestros sufrimientos se convierte en vino de alegría, fuente de vida eterna, la propia sangre del Hijo de Dios!”.

La segunda cosa que me han hecho comprender mis pequeños doctores en teología, es lo que es el compartir de la buena noticia. Pues inmediatamente después de haberme dicho: “Tú eres mi alegría” el niño, si realmente me ama, me comparte su alegría íntima, aquello que le hace vivir: “¡La abuela ha venido de Taghit...! ¡La oveja ha tenido una cría, ven a tocarlo, aún está húmedo! ... ¡Papá me ha comprado un muñeco!... O bien, te comparte su tristeza: ¡Mi hermano ha perdido tres cabras en el desierto!... ¡Abdeikrim está enfermo!... ¡Salima no ha querido darme bizcocho!” Pues en su corazón de niño que me ama, sabe que su alegría o tristeza también será mi alegría o mi tristeza, él sabe que para mí será una buena o mala noticia... “Y para mí es igual. Mi fe en Jesús muerto y resucitado, es mi mayor alegría, y tengo deseos de compartirla con todos aquellos que amo...”

La tercera cosa que me han enseñado los niños y todos aquellos que tienen un corazón de pobre, es que todo pobre tiene sed de Jesús en el fondo de su corazón. En efecto, por la noche en la casa de nuestros amigos, después de la cena, cuento historias. ¿Sabéis cuál es la historia que ellos prefieren entre todas? Es la de Cenicienta... Pero Cenicienta es exactamente el misterio de salvación en Jesucristo. Desgraciadamente una chica joven está condenada a morir de tristeza. Ahora bien, he aquí que el hijo del gran rey la levanta hacia él de manera maravillosa, él danza con ella toda la noche, la levanta de su miseria y la introduce en la alcoba nupcial: ellos vivieron felices y tuvieron muchos hijos. Desde que me di cuenta de eso, yo estoy profundamente contento por la llamada que Jesús me hizo. He contemplado con mis ojos que cada hombre tiene en lo más íntimo de su corazón una cuerda secreta, muy sencilla, y a veces un pobre hace vibrar esta cuerda delante de tus ojos: es una gracia muy grande, es el Reino de los cielos presente en la tierra. Pero solamente Jesús puede tocar esa cuerda para que surja su vibración última, esencial. Tengo delante de mí una imagen que reproduce un pequeño cartón en el que el hermano Carlos había redactado para la abadesa de las Clarisas de Nazaret: “Ser todo a todos, con un único deseo en el corazón: dar Jesús a todos”.

LA HERMANITA DE LA SONRISA

Lima, 3 junio 2009

Queridas hermanitas,

El miércoles 27 salimos juntas de casa temprano cada una con diferentes trámites para hacer y como cada mañana saludando o conversando con unos u otros de los vecinos; al llegar a la gran avenida, René insistió en cruzar juntas, pero por ser un lugar peligroso, me resistí y lo hice 3 metros más adelante por resultarme más seguro; yo pude tomar mi bus que avanzó muy poco, deteniéndose por un accidente... Y quien estaba ya tendida en el pavimento era René, bajé al instante gritando “mi hermana, mi hermana”. Rodeada ya de muchas personas y policías, quienes trataban de hacerla reaccionar inútilmente, insistí en llevarla al hospital. Un policía la levantó con cuidado en camilla hasta el hospital 2 de Mayo, pero al sostenerle su cabeza sentí que sería algo gravísimo...

Ya en el hospital el Dr. Fernando Carvallo vino rapidísimo con todo un equipo de médicos, reanimaron su corazón, pero enseguida el primer diagnóstico fue “muerte cerebral” dando muy pocas posibilidades de vida.

Avisado el P. Jorge Álvarez, vino enseguida quedándose con nosotras toda la mañana mientras había respiración; en 2 horas su corazón se fue apagando poco a poco. Assunta, Miriam, Jorge y Fernando pudieron darle la bendición y rezar la oración de abandono antes de llevarla al tanatorio. (...) Anne Armelle y Magdalena en el Cerro, tratando de hacer y recibir infinidad de llamadas y ordenar un poquito la casa. (...) Toda esa tarde del miércoles venían los vecinos, niños y jóvenes a expresarnos su dolor queriendo consolarnos y acompañarnos con tanto cariño; como también los teléfonos de todo el mundo diciéndonos su cercanía, tanto de hermanitas como de amigos.

Me es difícil poner en un papel tantos “sentimientos encontrados”... si hubiera arriesgado con ella tal vez la hubiera retenido...y preguntarle a Dios, por qué... ¿Qué quiere decirnos en este momento?

En esta semana entre la Ascensión y Pentecostés, Jesús quiso que viviéramos la experiencia de los Apóstoles, sintiendo tan fuertemente que el Espíritu de Él nos acompaña, porque Él no nos dejará solos. Con cariño, MARÍA CAMILA

II

“... lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que les anunciamos: la palabra de Vida”.

El día que René murió, y los que siguieron, hemos sido testigos de la fecundidad de su vida.

Algunos vecinos habían visto el accidente, sin saber de qué hermanita se trataba. Hubo confusión con Anarmelle y con Magdalena. La definición fue: “Se accidentó (luego, murió) la hermanita de la sonrisa...!”

Empezaron a llover las llamadas telefónicas, las visitas de los vecinos, todos tan conmocionados como nosotras. Cuatro hermanas y un hermano de René llegaron entre el miércoles por la noche y el jueves por la mañana; al igual que María Patricia y Marina, desde Chile.

Mientras tanto, en San Cosme se iba preparando el funeral. Nuestra fraternidad se transformó en la casa del pueblo, más que nunca. Por más que Magdalena había limpiado la fachada, D. Lucho, vecino de al lado, lo volvió a hacer. Tres muchachos con

sus moto-taxis se ofrecieron a guiar a la gente que fuera llegando sin conocer el barrio. A la vez guía y “protección” para los que venían. En lugar del nombre de la empresa, colocaron un cartel: “Hermanitas de Jesús”.

Así llegó nuestra hermanita al Cerro. Ya había varias personas en la casa, con flores, llanto y fe; silencio y condolencias. Hasta la tarde, la casa se fue inundando de gente, con sucesivos rosarios. Los vecinos del barrio, trayendo azúcar, galletas, café. Algunos, con dinero que deslizaban en nuestras manos. Religiosas, amigos de cerca y de lejos, en el tiempo y en los barrios donde René vivió.

Al atardecer, ya desbordando de cariño y de gente, vivimos juntos la celebración de la Eucaristía con Jorge Álvarez. René, ese 27 de mayo había preparado la oración con una plegaria eucarística sobre la fe pascual, que fue la que rezamos. Afuera, la calle se había cortado con las bancas de la gruta, y vecinos y vecinas impedían el pase de cualquier movilidad. Ya entrada la noche, sólo con nosotras y los del barrio, Juan Carlos, Olga y Eddie hicieron una oración, jalonada de Evangelio, reflexión, testimonios y cantos.

Llevando el cajón a pie, se volvió a despedir a la entrada del Cerro San Cosme, al grito de: “¡Hermanita René! ¡Presente! ¡Hermanita René, no te olvides de tu Cerro! ¡Hermanita René, te queremos!”.

En nombre de cada una de las hermanitas de la región de Perú, agradezco inmensamente a cada uno, cada una; que tanto por correo electrónico, como por teléfono o personalmente, han estado cerca, con muestras de profundo cariño en estos momentos de desconcierto y dolor.

Como dijo Gastón en su homilía: “René era una mujer orante, de una fe firme; que sabía muy bien por qué, a Quién y a quiénes había entregado su vida. René anunció con su vida y con sus palabras a ese Jesús a quien tanto amó”.

Nosotras somos testigos de todo esto.

Un abrazo. PAULA REGINA

Ideas y Orientaciones



EN LA MESA QUE TRANSFORMA EL MUNDO

AURELIO SANZ BAEZA nos ofrece una hermosa reflexión sobre la Eucaristía, trigo molido para ser pan nuevo que alimenta en el esfuerzo de construcción del reinado de Dios que más tarde será compartido, adorado y contemplado. El sabor del vino anuncia la alegría y la fiesta de ese reinado que ya intuimos y queremos construir. La mesa bien dispuesta, donde no falte el pan y el vino, donde no falte el Señor, es siempre una fiesta.

LOS PANES QUE ANTES ERAN OTRAS COSAS

La vida nos ha ido transformando en lo que ahora somos. Nuestras respuestas ante los acontecimientos que hemos vivido, cerca o lejos de los mismos, en la familia, los lugares de estudio y formación; las personas –sobre todo- y el mundo, que se defiende de sí mismo y se repliega ante sí mismo cuando se va autodestruyendo; las iglesias locales y la Iglesia, con tantos diferentes matices y vivencias, con diferentes motivos para el anuncio de la Buena Nueva, con distintas posiciones y puntos de vista, con posturas ante los problemas humanos en ocasiones antagónicas; nuestro mundo laboral, sujeto a la inseguridad de la economía y del dios trinidad dólar-euro-yen, regido por el sanedrín de los grandes organizaciones bancarias y comerciales; todas las circunstancias que nos han formado como seres humanos y lo que somos ahora: granos de trigo madurados y transformados en el pan de cada día, de nuestras esperanzas y de nuestros valores, componen nuestro ser en evolución, cambiante y vulnerable. En Carlos de Foucauld podemos apreciar sus propios cambios, su paso y sus búsquedas como un todo de lo que fue y de lo que nos sigue transmitiendo, porque no es tanto su biografía cuanto su vida lo que nos interpela, nos seduce y nos ayuda a situarnos también como el grano de trigo que, si no cae en tierra y muere, no da fruto. Contemplar nuestra vida o la de los demás, o la propia de Jesús como un resumen biográfico es perderse la vida interior, lo que se siente, lo que se ama, lo que va naciendo.

Nadie hemos sido siempre igual. Cada etapa de la vida nos ha marcado con sus acontecimientos y nos ha cambiado. Un pan no tiene biografía: tiene una vida interior.

El gesto de amor recibido y entregado, las palabras del Maestro, el perdón y el amor con entrañas de misericordia del Padre, quizá hayan sido el calor del horno para hacer un buen pan con nuestras vidas. Él nos invita a su mesa no por lo que hemos vivido, sino por quiénes somos y lo que sentimos. Las respuestas de amor ante las llamadas nos han puesto en el lugar de la mesa de quienes queremos o a quienes servimos. Podemos haber aprendido a ser misericordiosos o podemos haber confundido la misericordia con la estupidez de una vida cargada de actitudes acomodaticias a las circunstancias, que no pongan en juicio nuestros derechos e intereses, que no hagan tambalear las claves de nuestra seguridad; en resumidas cuentas, que no permitan seguir buscando el Reino y el rostro de Dios. “Lo que Dios nos ha dicho de Él a través de Jesús no es ‘yo soy el Todopoderoso’, sino ‘yo soy Misericordioso’”. Dios es amor. Y el mayor reto que tenemos los creyentes es el de convencer a los demás y convencernos a nosotros mismos de que la única fuerza, el único poder con auténtica capacidad de transformar nuestro mundo injusto en Reino de Dios, es la fuerza del amor solidario, del amor generoso y del amor profético. Porque el amor no se puede confundir con una actitud bobalicona de ‘todo el mundo es bueno’, sino con una búsqueda del bien del otro, que sea lúcida para detectar y denunciar todo aquello que está jugando como

fuelle de sufrimiento y de infelicidad” (CARLOS DOMÍNGUEZ en *Frontera. Psiconálisis y experiencia cristiana*, julio-setiembre 2008. Valencia, 2008, 62). El amor y la lucha por el Reino hacen un pan nuevo, como el de Jesús en cada Eucaristía; un pan hecho para ser compartido, adorado, contemplado, que nada tiene que ver con el pan correoso de nuestras miserias e infidelidades, con el pan duro del egoísmo y la fijación de ideas. Es un pan para el Reino, comunitario, nunca privado e intransferible “Jesús no sólo denuncia lo que se opone al Reino de Dios. Sugiere además un estilo de vida más de acuerdo con el Reino del Padre. No busca sólo la conversión individual de cada persona. Habla en los pueblos y aldeas tratando de introducir un nuevo modelo de comportamiento social” (JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Jesús, aproximación histórica*, PPC, Madrid, 2007, 107).

El cuerpo de Cristo, pan transformado en amor, nos hace comulgar con la integridad de Dios a pesar de nuestras carencias humanas, de nuestras miopías para transformar el mundo. El pan que comulgamos transforma nuestro ser si estamos disponibles para ser transformados, si con ello vamos transformando cuanto nos rodea en algo bueno y vivo, si es el Reino, y no nuestros cumplimientos, autocomplacencias y actitudes pietistas lo que buscamos.

EL VINO QUE ANTES ERA OTRA COSA

El símbolo, nacido a orillas del Mediterráneo, de la libertad y de la fiesta y, en ocasiones, del auto-homenaje, de la evasión y del olvido, es el vino. Prohibido en algunas religiones y servido en otras con un culto protocolario, el vino es brindado en la Pascua Judía por la libertad del pueblo de Israel, y dignificado por Jesús en la cena como el derramamiento del amor extremo por sus amigos y por todos los hombres y mujeres para el perdón de los pecados, para la reconciliación en la nueva Alianza que Dios hace con sus hijos. Pero el vino ha ido siendo transformado por fermentaciones, por cambios bioquímicos, por temperaturas constantes, por un ciclo que supone cuando es servido todo un signo de lo nuevo que Dios quiere para el mundo. No siempre los vinos más antiguos son los mejores.

Ponerse a ser pisado, prensado, fermentado, puesto en la oscuridad, guardado hasta el momento, vendido, regalado... Nuestro ser tiene la etiqueta de un pasado que no podemos evadir y de un presente que destapa nuestra mejor o peor calidad.

En la mesa de la Eucaristía recordamos el gesto de Jesús con la copa de vino. En esa liturgia antigua, realizada por Jesús con sus discípulos, “hacia el final de la comida, el que presidía la mesa, cogía en su mano derecha una copa de vino, la mantenía a un palmo de altura sobre la mesa y pronunciaba sobre ella una oración de acción de gracias por la comida, a la que todos respondían ‘amén’. A continuación bebía de su copa, lo cual servía de señal a los demás para que cada uno bebiera de la suya. Sin embargo, aquella noche Jesús cambia el rito e invita a sus discípulos y discípulas a que todos beban de una única copa: ¡la suya! Todos comparten esa ‘copa de salvación’ bendecida por Jesús. En esa copa que se va pasando y ofreciendo a todos, Jesús ve algo ‘nuevo’ y peculiar que quiere explicar: ‘Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre’. Mi muerte abrirá un futuro nuevo para vosotros y para todos. Jesús no piensa en sus discípulos más cercanos. En este momento decisivo y crucial, el horizonte de su mirada se hace universal: la nueva Alianza, el reino definitivo de Dios será para muchos, para todos” (Cfr. *Ibíd*, 366). El vino en la copa de Jesús no es sólo para él y la copa tampoco, y sus seguidores no temen ser contaminados por beber de la misma copa. Aquí hay vida, aquí hay nueva Alianza, nuevo compromiso. Nuestras copas personales ya no sirven para nada; donde ponemos el mejor vino puede ser que sea la copa menos apta, aunque ésta

aparezca lujosa, alegre, armoniosa, de diseño, cumpliendo todas las normativas de la liturgia o del buen gusto. La copa de nuestra vida artificial, comfortable... Ese vino de Jesús debe estar en su propia copa, no la nuestra; la que él nos ofrece, no la que guardamos para las grandes ocasiones; la que toca tomar y beber, aunque no nos guste porque otros han bebido de ella; la que limpiamos con los delicados y pulcrísimos purificadores de nuestros prejuicios, defensas, auto-justificaciones... No hay que tener miedo para beber de esa copa de Jesús: “¿Podéis beber la copa que yo he de beber?” (Mt 20,22)

El sabor del vino que se comparte es el sabor de Jesús, el de Belén, el de Nazaret, el de Cafarnaum, el de Jerusalén, el de Betania con Lázaro, Marta y María, el de Darfur, el de Afganistán, el de Burkina Faso y el de todos los lugares donde el vino puede ser un lujo inconcebible pero no la sangre salvadora de Jesús, río de vida para que el Reino sea una realidad entre los hombres y mujeres de todo nuestro mundo, por quienes él ofreció su copa y nos invitó, a su vez, a hacerlo siempre en su memoria.

LA MESA QUE HAY QUE PREPARAR Y LUEGO RECOGER

Servir y dejarse servir, amar y dejarse amar, son unas constantes en la vida del Maestro, el que encarga a Judas prepararlo todo para la Pascua. Jesús también comparte muchas veces antes el encuentro entorno a una mesa, tras el anuncio, el viaje, las curaciones, los momentos de contacto con gran cantidad de gente, el agobio por no poder pasar desapercibido. Esos momentos, como el compartir el alimento diario en la casa de Nazaret, con José y con María, durante tantos años, la comida tras los trabajos en su vida de obrero, donde el pan se acompaña con los peces pescados, la comida ordinaria de la gente en cada aldea, la mesa puesta de largo en Betania para acoger al amigo, la comida en los viajes atravesando Galilea, la falta de mesa y el suelo de tierra en la mayoría de las veces... Seguro que a Jesús le servían con gusto sus amigos, como él servía a los demás. Un servicio transformador del cansancio en descanso, del hambre en saciedad, de soledad en amistad. La mesa que hay que preparar y luego recoger es lo pequeño de cada día, la misión humilde y no vistosa de tanta gente que entiende a Jesús como portador del Reino, que crece como el grano de mostaza.

En la vida ofrecemos y nos ofrecen. Cuando esto se da de manera gratuita, todo sabe mejor. La mesa del mundo, que nos da la tierra y su vida para nuestra subsistencia; la mesa de la Eucaristía, donde la Iglesia se hace pequeña porque tiene un Dios grande que se ha hecho pequeño y comida para todos; la mesa de la fraternidad, que es transparente si transparentes somos con nuestros hermanos; la mesa que nos transforma en hermanos tras los desencuentros en la vida, los conflictos que están por resolver, el perdón por dar a los demás y el que esperamos de ellos. La mesa que es la Iglesia cuando ésta la abre a todos los que buscan al Señor, sin distinciones por su pasado o su presente, donde los primeros puestos son para los últimos, donde no hay espacios reservados, la que invita en gratuidad. “La Iglesia no se hará atractiva por adaptación ni por ofrecimientos tibios. Yo confío en la palabra radical de Jesús, esa palabra que nosotros tenemos que traducir a nuestro mundo como ayuda para la vida, como buena Nueva que Jesús quiere traer. Traducirla no significa hacerla inofensiva. A través de nuestra vida, con el coraje de prestar oídos a la palabra y de dar testimonio de ella, la palabra de Jesús tiene que mostrar su perfil en la actualidad. Jesús quiere aliviar a los cansados y agobiados, quiere señalar a los ricos sus posibilidades y oponerse a los injustos” (CARLO MARIA MARTINI en *Coloquios nocturnos en Jerusalén*, CARLO MARIA MARTINI Y GEORG SPORSCHILL, San Pablo, Madrid, 2008, 1685) En esa mesa no todo

vale, porque también en muchas mesas se han fraguado desastres provocados por el hombre hacia su propia humanidad.

En la mesa de la vida estamos influidos por la trayectoria que hemos ido llevando o que nos ha sido marcada. Nuestros errores y aciertos tienen mucho que ver con la estructura social a la que pertenecemos o de la cual hemos salido. La mesa que transforma es siempre acogedora a pesar de cómo somos o de cómo estamos, y no contempla nuestra escala de valores, que es muchas veces fruto de cómo hemos sido educados y del lugar de donde hemos partido. “No nos educan, no nos preparan para la humanización, nos educan para que nuestro objetivo sea el éxito, lo tengamos a no. Es la única meta que nos prometen. Nos educan para la lucha competitiva que conviene al poder, no para que vivamos agradablemente con calidad de vida, sino para que destaquemos, para que tengamos necesidad de acumular bienes” (VALENTÍN FUSTER y JOSÉ LUÍS SAMPEDRO, *La Ciencia y la Vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 2008, 204) De ahí que no siempre nos pongamos a la mesa como el que sirve, el que comparte, el que pasa el pan, el que sirve el vino, el que se pone donde los demás lo ponen.

Podremos transformar nuestro mundo en la medida en que nos dejemos transformar en la mesa de Jesús, cuando el pan y el vino son ciertamente su cuerpo y su sangre, su vida –que no su biografía- y su proyecto: cuando hermanos sean quienes nos rodean y no sólo convidados o anfitriones; cuando cambiemos lo que nos hace daño en llamadas a ser más justos, más realistas, más humanos; cuando no recibamos las agresiones como consecuencia de errores ajenos y aceptemos la oportunidad de que los demás se equivoquen como nosotros nos equivocamos. La mesa será una fiesta si el corazón que late en ella es transparente y está abierto.

EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA Y EL SACRAMENTO DEL POBRE

La caridad en nuestra vida es, al menos debería ser, la prolongación y la expresión de nuestras comuniones. El 19 de enero de 1902 cuenta Carlos de Foucauld que tiene una gran alegría porque “por primera vez los viajeros pobres reciben hospitalidad bajo el humilde techo de la «Hermandad del Sagrado Corazón», los indígenas comienzan a llamarla Khaoua (Hermandad), y a saber que los pobres tienen allí un hermano, no solamente los pobres sino todos los hombres”. EMÉRITO DE BARIA abre la reflexión ofreciendo al lector la reflexión autorizada de los santos Padres y Magisterio de la Iglesia.

La comunidad primitiva asociaba la “fracción del pan” a la “puesta en común”. Entendían que sólo puede existir verdadera asamblea eucarística (que comparte el pan Cristo) cuando existe verdadera comunidad humana (que comparte el pan de cada día). En una palabra: sin koinonia no era posible la eucaristía. Claramente lo expresa recientemente el Catecismo de la Iglesia Católica: “La eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. Para recibir en la verdad el cuerpo y la sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres sus hermanos” (n. 1397).

¿Cómo entrar en contacto con Dios (comunión) sin entrar en contacto con las penas y las justas aspiraciones de nuestros hermanos, especialmente los más necesitados, los más oprimidos, los más vulnerables? La eucaristía es una comunión que implica la comunión de bienes. El pan no es sólo para ser comido, sino también para ser compartido. Ya desde

los primeros tiempos de la Iglesia, el domingo, que era el día en que la comunidad se encontraba para celebrar la eucaristía, ha sido considerado el día de la caridad. San Juan Crisóstomo nos da la razón de este hecho: “En este día nos fueron concedidos innumerables bienes (...) Conviene honrar espiritualmente este día, no con banquetes, con abundantes libaciones, con borracheras, con bailes, sino con ayudas a los hermanos más pobres” (*De elemosyna sermo*, 3). Hay que recuperar esta vertiente del domingo. Si la conformación a Cristo es fruto de la eucaristía, la atención a los más desdichados, a los pobres, a los enfermos, a los que están solos, debería ser uno de los signos más transparentes de su eficacia.

La homilía 50 de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo nos puede servir de resumen de la opinión de los Santos Padres sobre los frutos eficaces de la eucaristía y cómo debemos proceder: “¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo. No lo honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis padecer de frío y desnudez (...) ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si Él se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa (...) Al hablar así, no es que prohíba que también en el ornato de la iglesia se ponga empeño; a lo que exhorto es que (...) antes que eso, se procure el socorro de los pobres (...) Mientras adornas, pues, la casa, no abandones a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro” (*Obras de San Juan Crisóstomo*, Madrid, BAC, 1956, II, pp. 80- 82).

También Pablo VI, insiste en esta identificación moral entre Cristo y el pobre; lo hace partiendo de la eucaristía: “Hemos venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico y sentimos pleno gozo por haber tenido la oportunidad de hacerlo llegando también ahora hasta aquí para celebrar la presencia del Señor entre nosotros, en medio de la Iglesia y del mundo, en vuestras personas. Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino (...) Toda la Tradición de la Iglesia reconoce en los Pobres el sacramento de Cristo, no ciertamente idéntico a la realidad de la eucaristía, pero sí en perfecta correspondencia analógica y mística en ella. Por lo demás Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de compasión y ayuda es Él, como si Él mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y patente sociología, según el humanismo de Cristo” (*Homilía en Bogotá*, 23 VIII 1968).

Se trata de volver a lo que era realidad en el principio. La unidad entre fe-rito-vida es puesta de manifiesto en las colectas que Pablo hacía para los pobres de Jerusalén. San Justino nos hace saber que en la celebración eucarística del domingo normalmente se recogían ayudas para atender a los huérfanos, viudas, enfermos, encarcelados, peregrinos y toda clase de necesitados (Cf. Apol. I, 67, Ps 6, 429). Y también San Juan Crisóstomo (*Sermo* 82,5) y San Agustín (*Enarrat. in Ps* 44,27) dan a entender que las obras de misericordia forman parte de la celebración de la eucaristía. El Ritual sobre el culto eucarístico fuera de la misa recoge acertadamente esta dimensión social de la eucaristía, orientada a la “promoción humana” y a la “comunicación cristiana de bienes” (nn. 109 y 111).

Hay que intentar hacer tan fácil nuestro acto de fe en la presencia de Cristo en el pobre y marginado como lo es en su presencia en el pan y el vino consagrados. También para nosotros los actos de caridad fraterna deben ser como un gesto litúrgico, eucarístico, como lo era para San Pablo (*diakonia*, *thusia*, *leitourghia*, *koinonia*,...) Fijándonos únicamente en esta última palabra, es bien significativo que en el Nuevo Testamento

koinonia signifique: Eucaristía, Iglesia y caridad fraterna, prueba evidente de que son tres realidades intrínsecamente relacionadas e inseparables.

Recordemos la conocida de Henri de Lubac: “La Iglesia hace la eucaristía; la eucaristía hace la Iglesia”. Me interesa la segunda afirmación, que recoge lo que ya había dicho Santo Tomás, a saber, que en la eucaristía “Ecclesia fabricatur”, y mucho antes, Agustín, cuando aseguraba que la eucaristía es el “sacramentum, quo hoc tempore consecratur Ecclesia”, es decir, el sacramento con el cual la Iglesia se construye como comunidad.

La eucaristía inculca aquellas virtudes sociales que son el fundamento de toda auténtica comunidad: la unión, la concordia, la solidaridad. Por eso el Concilio dice que hay que “procurar que la celebración de la eucaristía sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana” (CD 30), ya que “no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada eucaristía” (PO 6). Ésta educa en aquella madurez que mueve a los cristianos “a vivir no sólo para sí, sino según las exigencias de la nueva ley del amor; cada uno, conforme a la gracia recibida, ha de ponerse al servicio de los demás, y así todos han de cumplir cristianamente sus deberes en la comunidad cristiana” (Ibid).

Muchos cristianos viven sin participar de la eucaristía (ni comulgan ni van a misa); algunos participan en la eucaristía (incluso comulgan) pero no viven la coherencia que exige la comunión eucarística. Nos hemos de preguntar sobre nuestra fe y sobre el alcance real, en nuestra vida, de los lazos entre eucaristía y nuestras relaciones de justicia y caridad con los demás. Como dice la Didajé: “Si compartimos el pan celestial, ¿cómo no vamos a compartir el pan terreno?” (IV, 8).

El documento base del XLV Congreso Eucarístico Internacional, *Cristo, luz de los pueblos*, celebrado hace pocos años en Sevilla, sintetiza acertadamente todo cuanto he intentado transmitir en este breve artículo: “El sacramento de la eucaristía no se puede separar del sacramento del pobre. La eucaristía tiene una dimensión social, lo mismo que la solidaridad humana tiene una dimensión eucarística” (n. 22).

Al acercarme a la eucaristía yo no puedo desentenderme del hermano, no puedo rechazarlo sin rechazar al mismo Cristo y separarme de la unidad. El mismo Cristo que viene a mí en la comunión, es el mismo Cristo indiviso que se dirige también a mi hermano que está a mi lado. Él nos une unos a otros en el momento en que nos une a todos a sí mismo. “Unidos en la fracción del pan” (Act 2,42). Al comulgar decimos “Amén” al cuerpo santísimo de Jesús, nacido de María y muerto por nosotros; pero decimos también “Amén” a su cuerpo místico, que es la Iglesia, es decir, a los hermanos que están a nuestro alrededor en la vida o en la mesa eucarística. No podemos separar los dos cuerpos, aceptando el uno sin el otro.

En la Última Cena, con el gesto del “lavatorio de los pies”, Jesús dejó muy grabado en los apóstoles el significado de su vida y lo que exigía de ellos que acababan de participar en la mesa eucarística. Toda la vida de Jesús, desde el principio hasta el final, fue un lavatorio de pies, es decir, un servir a los hombres por amor. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. El servicio brota de la caridad, del ágape, y es la expresión más grande del mandamiento nuevo. “Lo que hagáis a uno de estos, mis hermanos, a mí me lo hacéis” (Jn 13, 1). La Eucaristía no es sólo un misterio para consagrar, recibir, contemplar y adorar, sino que es, además, un misterio que hay que imitar. “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? ... También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho; ... y dichosos vosotros si lo cumplís” (Jn 13,13-17).

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Una reflexión anónima esperaba en nuestros archivos ver la luz de su publicación. El autor del artículo que presentamos quiere aportar elementos de motivación y contenido teológico para todos aquellos que con fe nos arrodillamos ante el Santísimo Sacramento.

Esta reflexión querría aportar algo así como unos elementos de motivación y contenido teológico a estas ocasiones en las que un cristiano, entrando en una iglesia, se arrodilla durante unos minutos, unas horas, ante el Santísimo Sacramento. Pienso en estas personas, especialmente que tienen como parte integrante de su compromiso personal, pasar un rato prolongado, todos los días, ante la Eucaristía.

1. La primera palabra que organiza esta reflexión es la misma que define la celebración eucarística: memorial.

La reserva eucarística es el testimonio permanente de que se ha celebrado el memorial del Señor. El solemne rito de la reserva del Santísimo Sacramento después de la misa del Jueves Santo es el gesto expresivo que todos los años hace la Iglesia para destacar esta gran realidad: acabamos de celebrar el memorial del Señor, y reservamos para el día siguiente una segunda participación en la misma celebración. Esta permanencia urge a la adoración.

Las orientaciones del Ritual para el culto eucarístico siguen exactamente en la misma línea, hacen notar la conveniencia de que la custodia y el copón sean colocados encima del altar, siempre que sea posible, de suerte que sea visible la relación entre la Eucaristía que se adora y la celebración que se ha realizado.

La presencia sacramental y permanente del Señor en la reserva eucarística objeto y motivación de la adoración es la consecuencia del memorial, su fruto. “Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el sacramento, recuerden que esta presencia proviene del sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual” (Ritual n. 80).

El pan eucarístico se nos presenta ante nosotros como el testimonio de este hecho realizado una vez por siempre por el Padre “es mi Padre Él que os da verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo” (Jn 6, 32-33) y, a la vez, del cumplimiento de la promesa del mismo Jesús: “El pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51).

Cuando el pan eucarístico está sobre el altar, expuesto a la adoración de los fieles, es testimonio de que, una vez más, la Iglesia reunida ha anunciado la muerte del Señor en la acción de gracias. En esta presencia sacramental permanente hay como un eco de la acción de la Iglesia.

La piedad que impulsa a los fieles a adorar a la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que por medio de su humanidad infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo (Ritual n. 80).

Junto a esta reacción más teológica, la adoración del Santísimo produce también en los fieles unas reacciones antropológicas. ¿Quién no tiene una experiencia personal intensa, por ejemplo, de la sobremesa de la cena o de la comida de Navidad, del recuerdo que le evoca, de la ilusión con la que espera celebrarla de nuevo? Pienso que la adoración eucarística tiene algo de todo esto. En aquellas referencias eucarísticas que encuadraban la oración de algunos santos “dar gracias de la Eucaristía recibida, prepararse para recibirla” hay una intuición profunda de lo que es la oración cristiana, que encuentra precisamente en la intercesión de Cristo ante el Padre, sacramentalizada

en la Eucaristía, su punto de partida y el fundamento de su existencia.

2. La segunda palabra-eje de la adoración eucarística es que mientras la Eucaristía se conserva es verdaderamente el Emmanuel, el Dios con nosotros.

Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad.

La Teología actual habla de esta presencia de Cristo como una “presencia ofrecida”. “El cuerpo y la sangre sacramental del Señor están presentes como una oferta al creyente esperando su acogida. Cuando esta ofrenda es acogida con fe tiene lugar un encuentro vivificante. Por la fe, la presencia de Cristo -que no depende de la fe del individuo para que sea la real auto-oblación del Señor a su Iglesia- ya no es sólo una presencia para el creyente, sino también una presencia con él” (Documento anglicano-católico n. 8).

Adorar esta presencia ofrecida tiene que suscitar necesariamente una multitud de reacciones espirituales, específicamente propias. No es lo mismo, para el hombre, pensar en una persona por simple ejercicio mental o hacerlo ante un recuerdo personal suyo. Nótese bien que estamos ante un ejemplo a mucha distancia del hecho eucarístico, pero quizá analógicamente válido. La originalidad de la oración ante la Eucaristía es precisamente este punto de referencia de la presencia sacramental que, por decirlo de alguna manera, “focaliza” y “motiva” nuestra oración.

Desde esta perspectiva, la adoración eucarística se convierte en oración de intensa relación personal con el Señor, de acogida de su acción transformante por el Espíritu, de aprendizaje -podríamos decir- de “vivir en Él”, de intimidad, incluso, en el sentido más estricto de la palabra.

El Señor a quien adoramos es el que nos habla en su Palabra, el que nos alimenta con su Cuerpo, el que nos conduce por su Espíritu. “Permaneciendo ante Cristo, el Señor, los fieles disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón por sí mismos y por todos los suyos; ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad” (Ritual n. 80).

El Ritual destaca que este “trato íntimo” debe quedar absolutamente alejado de cualquier interpretación alienante. Para ello insiste en los frutos de vida cristiana que hay que esperar de la adoración eucarística: “Acuérdense, finalmente, de renovar la alianza que les impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida lo que han recibido en la celebración eucarística por la fe y el sacramento...” (Ritual n. 81).

La experiencia de la oración ante el Santísimo Sacramento ha sido, y es todavía, indudablemente, para muchos cristianos una experiencia privilegiada de la comunión profunda con el espíritu de Cristo.

3. Hay una tercera palabra definitoria del sentido de la adoración eucarística: es la antigua aclamación Maranatha.

¡El Señor está ahí, el Señor viene, ven Señor...! La presencia sacramental de Cristo, ofrecida sobre el altar, es una presencia que viene del futuro de Dios. Bajo las apariencias del pan y del cáliz está aquel mismo que está sentado a la mesa Trinitaria, a la diestra del Padre. Más aún: este pan y este cáliz están ahí como testimonios del cielo nuevo y de la tierra nueva, ya que lo que ha sucedido en ellos es precisamente fruto de esta fuerza escatológica del Señor que “puede someter a sí todas las cosas” (Fil 3,21). La expresión del P. Durwell, particularmente feliz: “La Eucaristía es la vitrina de la escatología”.

Esta afirmación fundamental induce una serie de elementos de contemplación ante la Eucaristía. Una de ellas es la resonancia de la invitación escatológica. “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta entraré en su casa y

cenaré con él y él conmigo” (Apoc. 3, 20). La presencia del Señor entre nosotros no puede ser más que en la perspectiva “del don de la gloria futura”, ya que Él mismo es precisamente esto para toda la humanidad. Los Padres de la Iglesia primitiva insistían mucho en esta relación entre la Eucaristía y la resurrección de los muertos. Posteriormente se ha destacado con más entusiasmo el carácter de Emmanuel. La presencia de Jesucristo en la Eucaristía ha sido considerada como algo normal: Él está entre nosotros, le adoramos, le paseamos por las calles... Jesucristo parece como un ciudadano ilustre. Está bien esto, pero sin olvidar que se trata del Señor de la gloria y que sólo en el encuentro definitivo de la muerte quedará desvelado este misterio de comunión que se realiza desde ahora.

He aquí cómo, a través de esta dimensión escatológica de la adoración eucarística, reencontramos la motivación fundamental de la misma reserva: para el Viático, para que los enfermos puedan comulgar... Este pan de vida que está encima del altar, así como procede del banquete que ha reunido a los fieles en la pregustación del banquete celestial, continúa ofrecido como alimento del tránsito: es un viático sobre todo. “Quien come de este pan vivirá para siempre” (Jn 6,58). La prenda del futuro absoluto está ahí: es la presencia del Señor de la gloria que “aparece” en la Eucaristía.

La adoración eucarística no tiene por qué ser limitada a causa de la participación; la misma participación debe incluir la adoración, así como la adoración dará profundidad espiritual a la participación. El hecho de que los fieles se reúnan en torno de la mesa del Señor para acoger su presencia, escuchar su Palabra y responder a ella, unirse gozosos en la acción de gracias, ofrecer el sacrificio vivo y santo y comulgar en la mesa eclesial, no tiene por qué impedir que esos mismos fieles se acerquen en silencio o en plegaria común a esta misma mesa para continuar, en la contemplación y en la acción de gracias, aquel gesto de adoración que han iniciado durante la celebración realizada, ante el sacramento permanente de la presencia ofrecida del Emmanuel y Señor de la Gloria.

EUCARISTÍA Y SACERDOCIO

Retomamos una hermosa meditación de ÁNGEL COLLADO, sacerdote toledano, en los inicios de este año en el que se nos invita a dar gracias a Dios por el don del sacerdocio ministerial que visualiza en la comunidad a Jesucristo cabeza y pastor, de manera especial, en el servicio de la Eucaristía y la caridad.

El Jueves santo del año 2003 el Papa Juan Pablo II regaló a la Iglesia la Carta Encíclica, Ecclesia de Eucaristía dirigida a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia. “La Iglesia, nos recuerda el Papa al comienzo de la Carta, vive de la Eucaristía”, ésta “encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia” (n. 1).

La epístola del Papa nos rotula dos objetivos específicos a modo de exigencias por los que habrá de transcurrir nuestra ser y quehacer en los próximos años. El primero, centrar la vida en el Señor Jesucristo y para ello poner los medios necesarios, tales como la instrucción en la fe y la participación en la vida de oración y sacramental de la Iglesia para configurarnos con Cristo por la acción del espíritu Santo, principio de la santidad. El segundo, centrar nuestra vida en la Eucaristía.

En esta meditación, os invito a contemplar a Jesucristo realmente presente en la Eucaristía y a dar gracias al Señor por el don del Sacramento y de nuestro sacerdocio que la hace posible prolongando en el tiempo la acción de Jesucristo en el Cenáculo

(Ibid. n. 7). Siguiendo las orientaciones del Papa os animo a hacer un recorrido sobre tantos momentos y lugares donde hemos tenido la gracia de poder celebrar la Eucaristía desde nuestra ordenación sacerdotal hasta nuestros días (Ibid. n. 8). Recordar a tantas personas que nos acercaron al misterio de nuestra fe, que fueron testigos del amor a Jesús en la Eucaristía, que compartieron con nosotros momentos de plenitud eucarística, serían ya motivo suficiente para nuestra oración.

EL SACERDOCIO NACE EN Y PARA LA EUCARISTÍA

Por consiguiente, en el momento de meditar y reflexionar sobre el misterio eucarístico desde el prisma de nuestro ser sacerdotal, acerquémonos con ojos de fe, contemplativos, a Jesucristo en el momento supremo de la consagración eucarística, recordando su palabras: “Tomad y comed todos de él porque esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”, “Tomad y bebed todos de él porque este es el cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros” (Mt 26, 26-29) .

En una de las primeras cartas dirigidas a los sacerdotes el día del Jueves Santo, Juan Pablo II afirmaba con fuerza que “el sacerdocio nace en la Eucaristía y para la Eucaristía”. Ciertamente es así, pues Jesús instituye los sacramentos de la Eucaristía y del Sacerdocio en un mismo momento y en un mismo acto de aquella Cena. Dirigiéndose a los apóstoles y tomando en sus manos el pan y el cáliz, pronunció sobre ellos aquellas palabras que transformaron su ser: “tomad y comed porque esto es mi Cuerpo; tomad y bebed porque este es el cáliz de mi sangre; haced esto en memoria mía” (Lc 22,15-22). El Sacerdocio quedó estrechamente ligado a la Eucaristía. Ésta necesita del sacerdote para realizarse. Y el sacerdocio no se entiende sin la eucaristía, pues nace con ella y su tarea ministerial es eminentemente eucarística. Nacemos en y para la eucaristía. Como nos dice la Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis* “el papel del ministro de la Eucaristía es totalmente insustituible, porque sin el sacerdote no puede haber sacrificio eucarístico” (n. 48).

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía es una invitación constante al sacerdote a “estar con Él”, como acto contemplativo y de amistad, y a acercar a los fieles hasta Él. Cristo está vivo y en constante actitud de inmolación, ofreciéndose perpetuamente al Padre hasta la eternidad. Su sacrificio redentor es prolongado en la Eucaristía por medio del sacerdote. Cristo fue el único corazón humano que obedeció al Padre y con su obediencia y ofrenda permanente marcó desde entonces el ritmo de la historia.

La Eucaristía nos vincula íntimamente con Jesús. La vida que se promete a quien recibe la eucaristía, es unión permanente con el portador de la vida. La unión con Jesús tiene como fin único introducir a quien la recibe en el círculo vital de Dios: “El Padre que me ha enviado posee la vida y yo vivo por él. Así también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57). Lo importante no es comer o beber como tal, sino la unión permanente que se realiza con Jesús, la vinculación sacramental que se convierte en unión personal: “El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él” (Jn 6,56).

Es evidente, que sin esa unión vital con el Señor la vida sacerdotal pierde sentido y comienzan a resquebrajarse todas las “evidencias de la fe”. La Eucaristía está llamada a ser en nuestras vidas el origen y fuente de una unión cada vez más íntima con el Señor. Sin esa intimidad eucarística, todo el ministerio pierde su hondura y el significado que está llamado a tener en nuestra vida personal y en la vida de nuestras comunidades.

No ha perdido actualidad la exhortación que San Gregorio Magno dirigía a los sacerdotes y que es manifestación de la caridad de Cristo: “Es necesario que él (sacerdote) sea puro en el pensamiento, ejemplar en el obrar, discreto en su silencio, útil con su palabra; esté cerca de cada uno con su compasión y dedicado más que nadie a la contemplación; sea un aliado humilde de quien hace el bien, pero por su celo por la justicia, sea inflexible contra los vicios de los pecadores; no atenúe el cuidado de la vida interior en las ocupaciones externas, ni deje de proveer a las necesidades externas por la solicitud del bien interior” (La Regla Pastoral, II, 1).

LA EUCARISTÍA HACE LA IGLESIA

Eucaristía e Iglesia van también íntimamente unidas. Hay entre ellas una relación dinámica y operante, no estática. No hay Iglesia, sin eucaristía, sin Jesucristo. La eucaristía está en el centro de la Iglesia, es más, la eucaristía hace la Iglesia; es decir, la construye desde dentro de ella; la hace crecer en intensidad, cualitativamente, porque la transforma cada vez más en profundidad e imagen de su Cabeza, Jesucristo.

En distintos modos y momentos, la eucaristía hace la Iglesia, es decir, la transforma en Cristo: mediante consagración, comunión, contemplación e imitación. La eucaristía se parece a la levadura (siguiendo el ejemplo de la parábola evangélica). Jesús la ha puesto en la masa de harina, que es su Iglesia, para que la haga fermentar, para que la “levante”, para que haga de ella un “pan”, a semejanza suya. Si la Iglesia es la levadura del mundo, la eucaristía es la levadura de la Iglesia.

La eucaristía hace la Iglesia, haciendo de la Iglesia una eucaristía. La eucaristía no es sólo la fuente o causa de la santidad de la Iglesia, sino que es su “forma”, su modelo. La santidad del sacerdote (y de todo cristiano), debe realizarse según la “forma” de la eucaristía: debe ser una santidad eucarística. El sacerdote (y cualquier cristiano) no puede limitarse a celebrar la eucaristía, debe ser eucaristía con Jesús.

PARTIR EL PAN. OFRENDA DE JESUCRISTO AL PADRE

El primer gesto o signo que realizó Jesús ante de pronunciar las palabras: “Esto es mi cuerpo...; este es el cáliz de mi sangre...”, fue el de “partir el pan”. Para celebrar de verdad la Eucaristía es necesario que también nosotros hagamos previamente y actualicemos comprometidamente en ese instante el mismo gesto: partir el pan. Aquel gesto, ante todo, tenía un significado sacrificial que se consumaba entre Jesús y el Padre. Jesús no solamente se repartía, se desmigajaba, en infinidad de pedazos, sino que se inmolaba como ofrenda agradable al Padre. Su voluntad humana se entregaba por entero al Padre, venciendo toda resistencia. El pan, por tanto, es el propio Jesús que se parte a sí mismo, entregándose como víctima, como Siervo de Yahvé cargado con nuestras culpas. Jesucristo se parte a sí mismo ante Dios, es decir, “obedece hasta la muerte” para reafirmar los derechos de Dios violados por el pecado, para proclamar la soberanía de Dios. Es un hecho humanamente difícil de explicar. Es el acto supremo de amor y de ternura que nunca antes se había realizado o que pueda llegar a realizarse alguna vez en la tierra. Lo que Jesús da a comer a sus discípulos es el pan de su obediencia y de su amor por el Padre.

No se puede entender, pues, la celebración “verdadera” de la eucaristía, por parte nuestra como sacerdotes, si antes no hemos actualizado la actitud de ofrenda de nuestra vida al Padre con Jesucristo, de víctima que se ofrece con Jesucristo por la salvación de los hombres, de aceptación de su voluntad en nuestras vidas, sabiéndonos en sus manos, “obedeciendo hasta la muerte”.

Consecuente con esta doctrina, San Pablo exhortaba a los cristianos de Roma a ofrecer sus cuerpos en sacrificio, a presentarse como sacrificio vivo y agradable a Dios, es decir, a hacerse ofrenda eucarística para Dios. “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos (personas) como una víctima viva, santa, agradable a Dios. Tal será vuestro culto espiritual” (Rom 12,1). La recomendación estaba basada en la imitación de Jesucristo, pues Él se ofreció a Dios como sacrificio de suave perfume.

Cuando Jesucristo, al instituir la Eucaristía, dio a sus apóstoles el mandato: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19) no sólo quería decir hacer exactamente los gestos que yo he hecho, repetid el rito que he realizado; sino que con aquellas palabras quería expresar también lo más importante: hacer la esencia de lo que yo he realizado; es decir, ofreced vuestras personas en ofrenda sacrificial, como habéis visto que yo he hecho. “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn.13,15). Jesús en la cruz fue todo él obligación, no retuvo voluntariamente nada para sí. No había figura alguna de su cuerpo o sentimiento de su alma que no fuese ofrecida al Padre: todo estaba sobre el altar.

Desde esta perspectiva comprendemos que para hacer también nosotros lo que Jesús hizo aquella noche, debemos previamente “partirnos” a nosotros mismos, es decir, deponer todo tipo de resistencia ante Dios, toda rebelión hacia él o hacia los hermanos; debemos someter nuestro orgullo, doblegarnos y decir sí hasta el final; debemos abandonarnos en sus manos. Ser eucaristía como Jesús significa estar totalmente abandonado a la voluntad del Padre.

OFRENDA DE LA IGLESIA Y DEL CRISTIANO

“Tomad, comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros; tomad, bebed esta es mi sangre derramada por vosotros” (Mt 26,26-29). La Eucaristía es el misterio del cuerpo y de la sangre del Señor, es decir, el misterio de la vida y de la muerte del Señor. Jesús, en la consagración, nos da su cuerpo y su sangre, se da a sí mismo, toda su persona. Es decir, nos deja, a través del cuerpo, como don, toda su vida, desde el primer instante de la encarnación hasta el último momento, con todo lo que llenó su vida: silencio, palabras, hechos, sudores, fatigas, oración, luchas, humillaciones. Con la donación de su sangre Jesús añade el don y acontecimiento de su muerte. Su derramamiento es signo plástico de la muerte.

No hay que perder de vista que, como Iglesia, somos miembros de Cristo, formamos parte de su Cuerpo, del Cristo total, Cabeza y cuerpo inseparablemente unidos. En el altar, misteriosamente, al ofrecerse Cristo al Padre, se ofrece también con nosotros. El nos pide que nos ofrezcamos voluntariamente con él, que completemos la ofrenda, que la hagamos perfecta. Será nuestra alegría y nuestro gozo. El seguirá ofreciéndose al Padre mientras haya un solo miembro que se resista a ser ofrecido con él.

En el altar, para entendernos, hay dos cuerpos de Cristo: está su cuerpo real (encarnado entre nosotros, resucitado y ascendido al cielo), está su cuerpo místico, que es la Iglesia. En el altar está, pues, verdaderamente presente su cuerpo real bajo las apariencias de pan y vino, y está presente místicamente su cuerpo místico, en virtud de su inseparable unión con la Cabeza. No hay ninguna confusión entre las dos presencias, que son bien distintas, pero tampoco hay división alguna. Nuestra ofrenda, la ofrenda de la Iglesia, no sería nada sin la de Jesús, pues somos criaturas pecadoras. Pero la ofrenda de Jesús, sin la de la Iglesia que es su cuerpo, no sería suficiente (no para la redención

pasiva: recibir la salvación; sí lo sería para la redención activa: para procurar la salvación). “Completo en mi carne lo que falta a la tribulación de Cristo” (Col.1,24).

¿Qué ofrecemos al entregar nuestro cuerpo y nuestra sangre con Jesús en la misa? Con el cuerpo damos todo aquello que constituye la vida en este cuerpo: tiempo, salud, energías, capacidades, afecto. Con la sangre expresamos también nosotros la ofrenda de nuestra muerte, todo aquello que la prepara y anticipa: pasiones, mortificaciones, humillaciones, fracasos, enfermedades, limitaciones de la edad, todo aquello que nos mortifica.

Si nuestra ofrenda ha sido real, necesariamente al terminar la misa tenemos que realizar lo que hemos dicho: ofrecer a los hermanos nuestro cuerpo, nuestro tiempo, nuestras energías, nuestra atención, nuestro afecto; en palabra, nuestra vida. Es necesario dejarnos comer por los demás y permitir que nos desmigajen aquellos que no lo hacen con la delicadeza y cortesía que esperaríamos, los más pobres y necesitados. Como decía un maestro del espíritu, el P. Olivaint: “Por la mañana, en la misa, yo soy el sacerdote y Jesús es la víctima; durante la jornada, Jesús es el sacerdote y yo soy la víctima”. Del mismo modo que Jesús sigue siendo uno en la fracción del pan, así también una vida gastada por los demás, es unitaria, no es dispersa, y aquello que la hace unitaria es el hecho de ser eucaristía. No podemos separar la eucaristía de la vida, porque la vida, la jornada diaria de un sacerdote debe ser eucaristía, ofrenda, donación, acción de gracias.

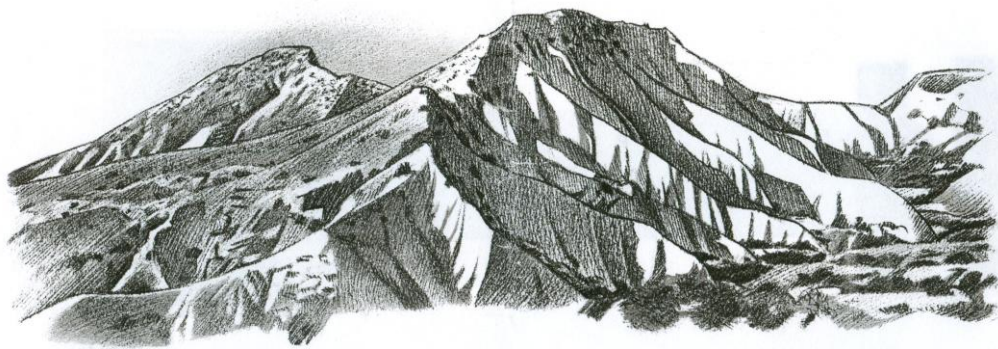
La existencia del presbítero es eucaristía, es entrega y ofrecimiento. La relación de la eucaristía con la muerte de Jesús, de la que es sacramento, nos urge a entender y vivir nuestra propia existencia como vida entregada, como ofrecimiento de nuestra propia persona “para la vida del mundo”. Por eso no es extraño que la Eucaristía se presente como raíz de la caridad pastoral: “para el sacerdote, el lugar verdaderamente central tanto de su misterio como de su vida espiritual, es la Eucaristía, porque en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo, que mediante su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, de la vida a los hombres. Así son los sacerdotes invitados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas, en unión con El mismo” (PDV 26). La existencia sacerdotal, que se forja en la vivencia eucarística, llega a no conocer límites en la entrega: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

Gracias a la eucaristía, ya no existen vidas inútiles en el mundo. Cuando ya no podemos seguir el ejercicio de nuestro ministerio con la intensidad primera, ni hacer aquello que queremos, porque no somos dueños de nosotros mismos, es cuando podemos estar más cerca de Cristo. En el anonadamiento, en la aparente inutilidad humana, todo se hace don, y un don más perfecto y purificado. Para Dios y su plan de salvación en Jesucristo, por obra del Espíritu, todos somos importantes y útiles. Estamos en el mundo para el fin más sublime que existe: para ser un sacrificio vivo, una eucaristía con Jesús. Y, ser eucaristía como Jesús significa, como hemos dicho antes, donación, entrega amorosa, estar totalmente abandonado a la voluntad del Padre.

“Una sola Misa glorifica más a Dios que el martirio de todos los hombres, unido a las alabanzas de todos los ángeles y santos. Que los hermanos sacerdotes que, como María y José, tienen a Jesús todos los días entre sus manos, que como santa María Magdalena tienen la mejor parte y pueden sin cesar mantenerse a los pies de Jesús, sean la “sal de la tierra”; que hagan brillar sus buenas obras ante los hombres, para que estos glorifiquen a Dios; que mueran a todo lo que no es Jesús, puesto que “el grano de trigo que no muere queda solo, pero el que muere trae mucho fruto”; recuerden que se hace bien a los otros en la medida del (bien) que hay en uno, del espíritu interior y de la

virtud; el agua fluye por los canales en la medida de su abundancia en el depósito”
(CARLOS DE FOUCAULD, Obras espirituales, 192).

Páginas Para la Oración



SOBRE LA ADORACIÓN

Este texto es una pequeña introducción de cualquiera de nuestros retiros para la noche de adoración eucarística. En este breve texto se nos recuerda que “la adoración es un acto de fe” y consiste “en estar en presencia de Jesús que nos ama y al que amamos”.

Adoración es el acto de fe por el que reconocemos la presencia de Dios como el ser supremo del que dependemos, pero sobre todo es el acto de amor extremo por el que nos entregamos a Él.

Para los cristianos católicos la contemplación y adoración eucarística es uno de los pilares fundamentales de nuestra existencia.

La adoración eucarística consiste en estar en presencia de Jesús que nos ama y al que amamos, estar con Él hablando o en silencio, diciendo simplemente “Tú sabes que te amo”. Es regalarle el tiempo que Él nos ha dado, “perder el tiempo” con Él. Estamos con Él de forma gratuita, no buscamos conseguir nada, solo estar con Él sintiendo que nos ama, que le amamos.

Contemplar la eucaristía es mirar a Jesús que se entrega por amor, ver su deseo infinito de salvación para nosotros, su actitud de acción de gracias al Padre, su comunión con el Padre y con los hombres, es sentirnos inmersos en el amor de Dios Padre que se nos da en Jesucristo.

La contemplación de la eucaristía nos lleva a entregarnos, como Jesús, a nuestros hermanos. Contemplación y acción no son cosas opuestas, sino los dos pies que necesitamos para andar.

“Creo que no hay una frase del Evangelio que me haya impresionado tanto y haya transformado más mi vida que ésta:”Todo lo que hagáis a uno de estos pequeños, a mí me lo hacéis”. Si pensamos que son palabras de la Verdad increada, de Aquel que dijo:”Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre”, con que fuerza somos empujados a buscar y amar a Jesús en esos “pequeños”, esos pecadores, esos pobres, aportando todos los medios materiales para aliviar sus miserias temporales” (Carlos de Foucauld)

El mismo Jesús que dijo: “Esto es mi cuerpo...” (Lc 22,19-20), es el que dijo: “Lo que hagáis a uno de estos, mis hermanos a mí me los hacéis” (Mt 25,35).

ADORACIÓN

Se vistió la noche
de copos blancos;
de luz, de llama y oro;
de risas que embelesan
y hacen surgir la paz
allí donde sólo había frío,
temor y tristeza.

Y se derritió el gélido manto
que envolvía la tierra,
al calor de un Niño
dormido en el regazo
de una doncella
vestida de amor y de ternura

Con paso tembloroso
me acerqué a aquel establo,
donde una música no escuchada
rompía el silencio de la noche
llenando mi memoria
de paz y de armonía.

¡Bendito sea Dios que “inventó” aquel Niño,
que enseñó a los hombres
a llamarle “Abba”, “Papá”, “Papaíto”,
y a mirar a los otros como hermanos,
por encima de la religión y de la raza!

¡Bendito sea Aquel, que todos los años,
siempre a los hombres nos hace “niños”,
y nos abre la puerta del Cielo,
dejando atrás todos los infiernos,
y convirtiendo la tierra en Paraíso!

F. CLEMENTE, Navidad 2003

Noticias y Comunicaciones



LA PARROQUIA DE CARLOS DE FOUCAULD EN SABCÉ, BURKINA FASO

Cerca del lugar donde está establecido el proyecto Wend Be Ne Do, para enfermos de sida, en Bam, cerca de Kongoussi, Burkina Faso, que dirige la Fraternité Charles de Foucauld junto con la Fundación Tienda Asilo de San Pedro de Cartagena, en España, se encuentra el pueblo de Sabcé, en la diócesis de Ouahigouya, al noroeste del país, cuyo obispo, Philippe Ouédraogo, inició la Fraternidad hace unos catorce años. La parroquia, de reciente fundación, toma el nombre de Bienheureux Charles de Foucauld.

Próxima a Sabcé está Honda, con el monasterio de Jesús Sauveur, humilde y pequeño (ver Boletín Iesus Cáritas, abril-junio 2008, págs. 34-36), que se enmarca en los límites geográficos de la parroquia.

Cuenta Sabcé con una población de 41.660 habitantes, de los cuales 14.384 están bautizados. La sirven tres sacerdotes: Joseph, Olivier y Paul, recién ordenado, y dispone de 48 catequistas y seis religiosas de la congregación local Notre Dame du Lac. Hay cuatro lugares más de culto en la parroquia, pues cada pueblo en Burkina Faso suele tener entre treinta y cuarenta aldeas en torno a él.

El nombre de la parroquia, donde los signos del hermano Carlos están presentes por todos sitios, no es casual, ni resultado de la gran acogida que va teniendo en África el carisma. Es fruto del espíritu de Nazaret que se respira en esta Iglesia joven y comprometida con los problemas de un país pobre y marginado, en una situación de carestía extrema en recursos naturales, con una economía de subsistencia, a veces alimentada por los ingresos de los burkinabés inmigrantes, sobre todo en Costa de Marfil, donde viven en régimen de semiesclavitud, y en la Unión Europea.

El espíritu de la fraternidad, esa utopía de Carlos de Foucauld soñada en Argelia, es en esta parte del África subsahariana Nazaret por el campo de la sabana, los patios familiares con tabiques de adobe y las reuniones interminables bajo el baobab o entorno al pozo del agua, con decenas de niños sin play-station ni ropa de marca, siempre con la sonrisa en los labios.

La parroquia del Bienaventurado Charles de Foucauld de Sabcé no se haya entre las guías de turismo religioso, ni cuenta con años jubilaes, ni está próxima a restaurantes para peregrinos o lugares de interés histórico.

POSDATA: Philippe Ouédraogo, hasta ahora obispo de Ouahigouya, y presidente de la Conferencia Episcopal de Burkina Faso-Níger, responsable jurídico del proyecto Wend Be Ne Do, de la Fraternité de Burkina Faso y la Fundación Tienda Asilo de San Pedro de Cartagena, que introdujo la fraternidad de Carlos de Foucauld en Burkina, ha sido nombrado arzobispo metropolitano de Ouagadougou (la capital). AURELIO SANZ BAEZA

A NUESTROS AMIGOS

Gubbio 29/06/2009

Queridos todos,

Los hermanitos del Evangelio, reunidos en Capitulo en Gubbio (Italia) del 9 al 29 de junio, deseamos compartir con vosotros lo que hemos vivido durante estas tres semanas.

Como sabéis, Gubbio (según la tradición franciscana) es el lugar donde el lobo feroz se trasforma en un animal tierno. Aunque, a decir verdad, hemos llegado aquí con

intenciones pacíficas, como animalitos domésticos, con dientes sin afilar... O, más bien, sin dientes, con canas, e incluso calvos por los años...

Cada seis años, el Capítulo nos reúne para permitirnos compartir la situación actual de la fraternidad, despertar de nuevo en nosotros una fidelidad, tal vez adormecida o consolidar la esperanza en el futuro. Por eso hemos elegido una nueva Fraternidad Central (el prior y sus dos asistentes) cuya tarea será ponerse al servicio de nuestra fidelidad al carisma durante este período de los seis próximos años.

Como de costumbre, la elección de este nuevo equipo de responsables se reveló laboriosa.

Giuliano Pallicca es el nuevo prior, italiano, y viene de la fraternidad de Ciudad Hidalgo en Méjico. Los asistentes son Xavier Gufflet, francés que era ya miembro del equipo precedente, y José Luís Muñoz, español, que vivía en la fraternidad de Cochabamba, Bolivia.

Les hemos pedido que nos ayuden a vivir en la serenidad un presente en el que nos sentimos tan frágiles (solamente 73 hermanos a través del mundo entero; diseminados en muchos países, en fraternidades poco numerosas y con pocas vocaciones).

Les hemos pedido transmitirnos un “soplo de esperanza” y “de apoyo para espíritu”. A pesar de la fragilidad de nuestras estructuras, vivimos inserciones muy valiosas y Dios continúa dándonos preciosos tesoros de relación con nuestros amigos y con tanta gente pobre y sencilla. No podemos vivir sin gratitud en el corazón.

Pero los encuentros principales son los que se hacen antes y después de las sesiones, de manera informal. La presencia de hermanos de países tan distintos, de Tanzania, como es el caso de Bruno, Gustavo del Congo, Oswaldo del Ecuador, Gilles del Canadá; y luego los europeos: 2 alemanes, 1 español, 7 franceses y 4 italianos, es de una riqueza inmensa, ya de por sí.

Con tanta diferencia de lenguas, la liturgia parecía más bien del soplo de Pentecostés y no tanto el eco de la “Torre de Babel”. Hemos conseguido también cantar de una manera más que aceptable en italiano, francés, español, inglés, alemán, árabe e kiswahili. Hay momentos en que la comunión fraternal ante el Señor ha conseguido mover nuestras entrañas de “viejos lobos”

Durante las reuniones hemos compartido temas de fondo de nuestra realidad concreta de vida: cómo vivir la comunión fraternal y la obediencia, cómo continuar el apoyo a las fraternidades y juntarlas, cómo vivir de manera más radical el compartir del dinero, cómo vivir de manera equilibrada inserción personal y compromiso a la fraternidad, cómo asegurar, en una situación tan diversa, la formación, cómo vivir de forma más estrecha nuestra relación con los Hermanos de Jesús.

Todos estos temas tan interesantes nos tocaban profundamente. Los hemos abordado siempre con una “revisión de vida”, es decir, partiendo de realidades concretas de nuestra vida cotidiana, percibida a la luz del Evangelio. Es una exigencia de la espiritualidad de Nazaret: valorar como fundamental la vida diaria en sus aspectos más comunes.

El resultado de nuestro trabajo son las «Actas del Capítulo» que llevaremos con nosotros como guía durante estos seis próximos años, en fraternidad y de manera personal. La tarea la más importante ahora es de leerlas y leerlas de nuevo y no dejarlas dentro de un cajón. Así pondrán renovar nuestra vida de cada día, haciendo que de verdad, el “papel” se transforma en “carne” Y, a parte del futuro, este capítulo ha dado ya fruto en cada uno de nosotros, pues algunos habíamos llegado con “suelas de plomo” (el temor de participar a un encuentro de tres semanas completas...), y salimos “volando”, dando gracias a Dios por esta vocación tan profunda, hermosa y actual y por

nuestra comunidad, tan rica en su diversidad como en su fragilidad, que expresa la presencia de la gracia en nuestra vida.

Al vivir en estos días esta experiencia “tan fuerte” de vida fraternal, dejamos Gubbio con “un lobo interior” que vive con más confianza y serenidad. ¿Acaso no es signo de vida espiritual verdadera que San Francisco pacifique y convierta “ese lobo que todos llevamos dentro”? Sabemos que este lobo puede tener cien vidas y por eso habrá que recomenzar siempre de nuevo. El obispo de Foligno, al visitarnos, nos ha recordado que “estar atentos a la vida interior es la primera actividad apostólica”.

En la amistad, la fe y la esperanza con cada uno de vosotros,
LOS HERMANOS DEL CAPÍTULO DE GUBBIO, 2009.

“FIORETTI DEL FRATELLO MINORE ANDREA DI GUBBIO”

Gubbio es una pequeña ciudad medieval de Umbría (12.000 habitantes) que refleja en sus edificios y casas de piedra tallada, todo el encanto de esta zona, en la belleza y la variedad de los paisajes, como en las huellas franciscanas de san Francisco y de sus compañeros... (aquí se sitúa el encuentro famoso de san Francisco y del lobo), huellas que se inscriben también en este entorno que ha modelado el dinamismo espiritual de san Francisco como su alegría interior tan comunicativa....

Nuestro encuentro se ubica en un convento de los canónigos de Letrán y con algunos tenemos la residencia en el convento de los franciscanos situado en el centro de la ciudad baja, a unos 10 minutos andando.... Estos paseos, por suerte, cortan el ritmo y la monotonía de los encuentros. He necesitado 4 días para recuperarme de la espalda... y ahora intento limitar al máximo los tiempos largos sentados y el trabajo en el ordenador (lo que no es evidente).

Por suerte, la parte baja de la ciudad, llana, me ofrece un terreno de paseo agradable..... El trabajo ya está organizado y el capítulo va... Y es por eso que puedo mandaros en este ambiente de re-encuentro con los otros 24 hermanos presentes estas líneas breves. ANDRÉ BERGER.

TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar, bien por correo ordinario, o bien por correo electrónico a la dirección (vicariopastoral@diocesisalmeria.es) o a la secretaría (asanz@quintobe.org). La dirección se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, a la planificación del número planificado o en números siguientes.

Año 2009

“LA CONDUCIRÉ AL DESIERTO Y LE HABLARÉ AL CORAZÓN (OS 2,16)

Octubre - Diciembre 2008 ÉPOCA IX – n. 163

El Boletín retoma la reflexión sobre la espiritualidad del desierto en un intento de recordar las hermosas páginas publicadas en este mismo medio y ofrecer nuevos caminos que nos ayuden a asumir nuestra vida con esperanza.

El número que ahora se prepara para su edición, siguiendo el esquema consolidado con la experiencia del tiempo en nuestra publicación, quiere también agradecer al Dios de la vida el hecho de que esta sensibilidad evangélica, que por otra parte hunde sus raíces en el Evangelio, los santos Padres y grandes místicos, se ha ido extendiendo en estas últimas décadas, entre otros movimientos de espiritualidad, por el humilde impulso del carisma foucauldiano.

La redacción presentará un pequeño directorio para el día de desierto, entrenamiento para el desierto de la vida ordinaria nazaretana, recogiendo la experiencia de los que nos precedieron.

El Hermano Carlos de Foucauld con su vida de búsqueda incesante de Dios es modelo para realizar la misión del cristiano y de la Iglesia no sólo en el desierto de Tamanrasset, sino también en el desierto del mundo actual. El desierto, según el Hermano Carlos, debe tener estas tres características: tiempo de descanso, soledad y vivido junto a Jesús.

“Que sean días de descanso, es decir, que no sean de fatiga, de apremio, de trabajo cansado para el espíritu, sino tiempo de apaciguamiento, del que salgamos no con el espíritu cansado y agotado por un trabajo extraordinario, sino descansado y refrescado por un descanso agradable a los pies de Jesús.

Que sea un tiempo de soledad: totalmente solos con Jesús, gustando de Él plenamente; el amor estar de tú a tú. Cuanto menos estemos con las criaturas, en este tiempo, más podremos dedicar todos los minutos, todos los pensamientos y todo el corazón a sólo su amor y a la sola contemplación de Jesús.

Que sea un tiempo en compañía de Jesús: viviendo constantemente con Él, sin otra ocupación que Él; sentados amigablemente a sus pies, sólo mirándole sin decir nada, sólo preguntándole, gozando constantemente de Él” [CARLOS DE FOUCAULD, *Obras espirituales*, 166-168.

Un libro... un amigo

Autor: WALTER KASPER
Título: Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia.
Editorial: Sal Terrae. Colección "Presencia Teológica"
Fecha de edición: 2005
Lugar: Santander
Formato: 140 páginas. 24 x 17 cm.

ASPECTOS FORMALES

Walter Kasper, nacido en 1933, es doctor en teología, profesor de Dogmática, obispo de la diócesis de Rottenburg-Stuttgart desde 1989 hasta 1999, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, cardenal desde 2001.

Entre sus obras traducidas al castellano, figuran: *Teología del matrimonio cristiano* (1984); *El Dios de Jesucristo* (1997); *Jesús, el Cristo* (1998) e *Introducción a la fe* (2001).

El autor constata la situación actual de los cristianos que todavía celebran por separado la eucaristía, el testamento de Jesucristo. Por eso son tanto más significativos los perseverantes pasos intermedios del ecumenismo, que deben conducir a la comunión en la eucaristía, el sacramento de la unidad.

“El hecho de que en la situación actual no sea posible, por mor de la verdad, que todos los cristianos nos reunamos en torno a la única mesa del Señor y participemos en la única Cena del Señor es una profunda herida en el cuerpo del Señor y, en el fondo, un escándalo. No podemos resignarnos a ello”.

En su calidad de Presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, el cardenal Kasper es el responsable de las relaciones ecuménicas del Vaticano. Este libro que presentamos pone de manifiesto el vínculo existente entre la celebración de la eucaristía y la Iglesia: su dimensión espiritual, pastoral y teológica.

“La comprensión de la eucaristía como sacramento de la unidad no es algo secundario e incidental; no se trata de algo que pueda afirmarse como por añadidura a las verdades dogmáticas. Al contrario, la unidad de la Iglesia es aquello en aras de lo cual se celebra la eucaristía”.

CONTENIDO

La obra se estructura en torno a seis capítulos: la celebración de la eucaristía y la vida litúrgica de la comunidad; reconocer a Jesucristo al partir el pan; la presencia de Jesucristo en la eucaristía; ecumenismo de la vida y comunión eucarística; sacramento de la unidad: pluralidad de aspectos; la eucaristía: sacramento de la unidad.

El primer capítulo plantea diversas preguntas pendientes e intenta dar respuestas necesarias desde el redescubrimiento de nuevo de la misa y del irrenunciable ministerio del sacerdote a la importancia de la Palabra y la predicación.

El segundo capítulo es una bella meditación sobre el conocido texto lucano de los discípulos de Emaús (24,13-35) con intención de buscar aplicaciones para nuestro hoy y sacar algunas consecuencias de la experiencia de los discípulos.

En el tercer capítulo se nos presenta una meditación sobre Juan 6 para suscitar en el lector el hambre de Dios al tiempo que se reconoce a Jesucristo como alimento de vida eterna.

Los restantes capítulos (4 al 6) nos acercan a la realidad actual del ecumenismo como proceso de crecimiento presentando al ecumenismo espiritual como corazón del movimiento ecuménico lleno de esperanza que, afirma el autor, no se frustrará. En este itinerario es acertado dedicar un capítulo a la meditación teológica-fundamental de la eucaristía para culminar la obra presentando la eucaristía como sacramento de la unidad vinculando ésta de manera estrecha con el misterio de la Iglesia.

VALORACIÓN CRÍTICA

El autor en palabras preliminares fija su intencionalidad de ser una obra de primera ayuda teológica y pastoral y, en verdad, lo logra. La eucaristía es, como la encíclica *Ecclesia de eucharistia* (2003) ha vuelto a poner de relieve, fuente, centro y cumbre tanto de la vida del cristiano como de la vida de la Iglesia y, por consiguiente, también de su pastoral. De lo que se trata en todo momento en la misión de la Iglesia es de que ésta se convierta de manera convincente en aquello que, por esencia, desde siempre es: en cierto modo, sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad y la paz en el mundo (LG 1). La eucaristía es el sacramento de esa unidad.

EL AUTOR Y LA ESPIRITUALIDAD FOUCAULDIANA

En una entrevista concedida a la revista 30Días el cardenal, que es además un viejo amigo de Charles de Foucauld, aporta claves para la inteligencia de su obra: "En mis años de profesor de Teología en la Universidad de Tubinga me veía a menudo con un grupo de sacerdotes miembros y amigos de la comunidad "Jesus Caritas", sacerdotes que seguían la espiritualidad de Charles de Foucauld. Participaba regularmente en sus reuniones mensuales que comprendían varios momentos: revisión de vida, lectura y meditación de la Sagrada Escritura, celebración y adoración eucarística y, por último, una cena fraternal. Fascinado por la figura de Charles de Foucauld fui a Argelia, a la montaña de Hoggar, donde había vivido él, y allí, en una cabaña en medio a la soledad de la montaña, hice mis ejercicios espirituales. Me acuerdo de que todas las tardes un ratoncito de ojos vivaces me visitaba para comer un poco de mi pan. En Tamanrasset, aunque también en otras partes, por ejemplo en Nazaret o aquí en Roma, me ha llamado siempre la atención la vida de las hermanitas de Charles de Foucauld, su vida en la pobreza evangélica entre los pobres y su vida de adoración eucarística. Para comprender mejor la espiritualidad de Charles de Foucauld me han ayudado mucho los escritos de René Voillaume; algunos aspectos de esta espiritualidad han entrado también en mi libro "Jesús, el Cristo". JORDI GIRÓ I PARIS

Fraternidades
del Hermano Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por: Pilar Ibanyez Cabanell Avda. Gaspar Aguilar, 23
-11ª 46007 Valencia E-mail: pilar-ibanyez@ono.com

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

- Región Centro Sur: Mercedes Ibañez Delgado C/ Infanta Beatriz 6, 2º-B. 18004 GRANADA Tf. 958 256685. E-mail: fesca03@hotmail.com
- Región de Cataluña: Montserrat Miranda Pérez C/ Baldomer Solá 124, 3º, 2ª 08912 BADALONA (Barcelona). Tel. 934. 412360 y 626.151477.

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulalia Guarro i Vendrell. C/ Onzinelles, 5, 2º 2ª
Tel. 933 314 249. 08014 BARCELONA E-mail: acortadella@hotmail.com

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

Responsable: Gabriel Leal Salazar. Av. Carlos Haya, 71 (Parroquia)
Tel. 952 395 893. 29009 MALAGA E-mail: gleal@diocesismalaga.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles: matrimonios consagrados, célibes consagrados y laicos comprometidos). Responsable: Josep Calvet C/ Joan Blanques, 10. 08012 BARCELONA Tels. 932 134 110 - 932 857 277. E-mail: calvetraventos@wanadoo.es

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General: Trafalgar, 70. 2º 1ª. 08010 BARCELONA Tel. 932 682 368.

HERMANITAS DE JESÚS

C/ Francisco Carter, 1, 2º,3ª. 29011 MÁLAGA
Tel. 952 288819. E-mail: htasjesus@diocesismalaga.es

HERMANOS DE JESÚS

C/ Puerto de Oncala, 7 -2º H. 29003 MALAGA
Tel. 952 359 010. E-mail: fjmuno@uma.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Jacinto Benavente, 10- 7º, 3ª. 28026 HUMANES DE MADRID (Madrid)
Tel. 916 049 512. E-mail: yolaine.beaugrand@yahoo.fr

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ Acapulco 2, 3º, 4ª. 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)
Tel. 950 178596. E-mail: hevangelio@larural.es

UNIÓN-SODALIDAD CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario)
Información: José Luis Vázquez Borau. Paseo Fabra i Puig, 474, 2-3.
08042 BARCELONA Tel. 934 274 616. E-mail: jlvazquezborau@gmail.com

FRATERNIDAD DE EMAÚS

C/ Calvario. s/n. 12232 TORRECHIVA (Castellón)
Tel. 964 612 174. E-mail: ananugo@hotmail.com

HERMANITAS DE NAZARET

C/ Santa Engracia. 107 -111 -5º ,1ª. 08016 BARCELONA
Tel. 933 591 781. E-mail: paulameire@ono.com

SUMARIO

EDITORIAL

- La Eucaristía, Jesús en los pequeños. Manuel Pozo Oller

DESDE LA PALABRA

- Los carismas en la Iglesia: don y necesidad. Gabriel Leal Salazar

EN LAS HUELLAS DEL HERMANOS CARLOS

- De la exposición del Santísimo a una vida expuesta. Itinerario eucarístico de Carlos de Foucauld. Antoine de Chatelart.

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS

- La vida tiene sentido en Jesús. Hermanita Raeda
- Dar Jesús a todos “contra viento y marea”. Hermanos del Evangelio
- La Hermanita de la sonrisa. Hermanitas María Camila y Paula Regina

IDEAS Y ORIENTACIONES

- En la mesa que transforma el mundo. Aurelio Sanz Baeza
- El sacramento de la Eucaristía y el sacramento del pobre. Emérito de Baria
- La adoración eucarística. Texto anónimo
- Eucaristía y sacerdocio. Ángel Collado

PÁGINAS PARA LA ORACIÓN

- Sobre la adoración. Texto anónimo
- Adoración. Francisco Clemente Rodríguez

NOTICIAS Y COMUNICACIONES

- La Parroquia de Carlos de Foucauld en Sabcé, Burkina Faso. Philippe Ouédraogo, arzobispo metropolitano de Ouagadougou, Burkina Faso. A. Sanz
- A nuestros amigos. Capítulo de los Hermanos del Evangelio en Gubbio.
- “Fioretti del fraterllo minore Andrea di Gubbio”. A. Berger

TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO

UN LIBRO ... UN AMIGO